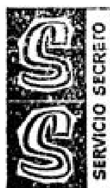

SS
SERVICIO SECRETO
BB
LA DAMA DEL BOLSO ROJO
joe mogar

LA DAMA DEL BOLSO ROJO

JOE MOGAR

LA DAMA DEL BOLSO ROJO

1.ª EDICIÓN
SETIEMBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 16.974 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 2450/62

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
687 — Raza condenada. 723 — El hombre de los Angeles. 733 — Se compra un pistolero.

En Colección BUFALO:
328 — Atraco en Whitley. 348 — Plomo bajo la piel. 393 — Alias "Pistol Kendall".

En Colección SERVICIO SECRETO:
596 — Buitres de Chicago. 601 — Muerte para una damisela. 609 — Las damas también matan.

En Colección CALIFORNIA:
147 — El hombre que compró Cheyenne. 167 — Un ranchero en apuros. 275 — La dama del puma.

En Colección TEXAS:
226 — El diablo a caballo. 245 — El sustituto del muerto. 313 — El valle del diablo.

En Colección COLORADO:
223 — Sólo un pistolero.

En Colección KANSAS:
107 — Y el pistolero volvió. 146 — El que a hierro mata...

En Colección BRAVO OESTE:
35 — Viento del Sur. 39 — Dos tumbas en Cheyenne. 70 — Un hobre llamado Devil.

La DAMA del BOLSO ROJO

por JOE MOGAR



PRÓLOGO

Estaba allí.

En la espaciosa y lujosa sala de espera del aeropuerto de La Guardia, en Nueva York.

Esperando el avión que debía conducirla a Chicago en vuelo directo. Avión que despegaría media hora más tarde, en la pista número seis.

Vestía de blanco y llevaba en su mano un bolso rojo.

Destacaba por su gran belleza.

Una de esas mujeres que hacen suspirar a los hombres, y que las otras miran con envidia, e incluso critican.

El vestido era un traje sastre, que moldeaba como un guante sus curvas felinas de tigresa.

Leía una revista cualquiera. Sus piernas eran maravillosas. Como toda ella.

En la monotonía, distraída con la revista, tenía una de las piernas sobre la otra. La rodilla era perfecta, hermosa, como su seno maravilloso, como su cuerpo hecho por el diablo, y para una diosa del Olimpo.

Leía sin pensar en nada, sin reparar en nada. Sin reparar tampoco en las miradas masculinas, de los que pasaban por su lado, y que

resbalaban sobre ella con muda complacencia.

Menos algunos, llenas de algo inconfesable.

Faltaba un cuarto de hora para que los altavoces dieran el aviso, cuando llegó otra mujer.

Era hermosa también.

Morena y de ojos negros, no más alta de lo normal. Se sentó a su lado sin decir palabra. La dama del bolso rojo no reparó en ella. Seguía con su revista.

La otra estaba nerviosa. Eso era evidente.

Esta llevaba un bolso. Pero no era rojo, sino negro. Lo mismo que su pelo y sus ojos. Hacía, fijándose bien, un juego impresionante con ellos.

Jugueteaba con él, con la correa del mismo. Nerviosamente. Sin dejar de hacerlo, miró a la mujer que leía la revista. Tragó saliva un par de veces, pero no dijo nada.

Siguió jugueteando con la correa del bolso negro. Al fin pareció decidirse. Habló:

—¿Espera el avión para San Francisco?

La dama del bolso rojo apartó los ojos de la revista y la miró. Sonrió mostrando una hilera de dientes blanquísimos, perfectos.

—No —replicó—. Voy a Chicago. Allí vivo.

La otra sonrió a su vez, aunque había algo extraño en su sonrisa.

—Lo siento —dijo—. Me hubiera gustado que fuera a San Francisco. Yo soy de allí, ¿sabe? Pero es la primera vez que vuelo, o mejor dicho, que voy a volar. Tengo algo de temor, ¿comprende?

La dama del bolso rojo sonrió de nuevo.

—Eso me pasó a mí también, en mi primer vuelo —confesó—. Ahora es distinto.

La morena inició otra sonrisa, y sin saber por qué, la dama vestida de blanco Se sintió inquieta. Empezaba a notar que a su ocasional compañera de asiento le pasaba algo.

Su sonrisa era extraña en extremo.

Tenía miedo, y no era precisamente por el vuelo que iba a emprender.

La miró interesada súbitamente.

Luego se encogió de hombros, e hizo ademán de abrir nuevamente la revista. Pero la morena no la dejó.

—¿Sabe? —dijo sintiendo una perentoria necesidad de hablar. Luego citó una estación, la inmediata a la Gran Central de Nueva York, y agregó—: Confieso que me sentí impresionada. El tipo era un ejemplar de hombre cómo pocos. Incluso guapo. Cayó al suelo sin que me diera cuenta de lo que le ocurría. Sucedió frente a mí. Grité

horrorizada, pero no había muerto. Me llamó mucho antes de que la policía y la gente se agolpara a nuestro alrededor. Me dio algo. “Que ellos no se enteren”, dijo. Estoy impresionada y tengo miedo.

La dama del bolso rojo no la entendió bien.

—¿Quiere decir que hirieron a alguien?

—¡Oh, sí! Acabo de decírselo. Fue horrible —se estremeció, cosa que notó la otra—. Ahora tengo miedo, ¡no sabe lo que deseo que salga el avión para San Francisco!

Aquella mujer estaba loca. Seguramente padecía de manía persecutoria o algo análogo.

Esto fue lo que pensó la dama del bolso rojo, pero se lo guardó para sí misma.

—Espero que todo se arregle —dijo por todo comentario.

—¡Oh, sí! Eso espero yo también, aunque confieso que lo dudo.

Callaron ambas.

La dama del bolso rojo miró su reloj de pulsera adornado de brillantes.

Faltaban cinco minutos para que el altavoz diera el primer aviso.

Sacó la barrita de “rouge” y se retocó los labios gordezuelos e incitantes.

Después de un ligero tocado cerró el bolso.

La morena permanecía seria, mirando las pistas, el ir y venir de las gentes. El altavoz dio su primer aviso.

—Avión de las 0’32 horas, en vuelo directo para Chicago, despegará dentro de cinco minutos. Se ruega a los señores pasajeros se dirijan hacia la pista número seis.

Así, una y otra vez.

La dama del bolso rojo se puso en pie. Enseguida, su alta y esbelta silueta dominó por completo a la otra muchacha. A todo.

A todo hubiera dominado, sin duda alguna, pero estaban las dos solas.

—Tengo que marcharme —dijo con una sonrisa en los labios—. Espero que tenga buen viaje hasta San Francisco y que todo se arregle, querida.

La morena sonrió. Había algo alegre, en aquel momento, en su sonrisa.

—¡Oh, sí! —replicó—. Creo que ya está todo arreglado.

La dama del bolso rojo se encogió de hombros. Ahora, más que nunca, pensaba en que aquella ocasional compañera de unos minutos, estaba completamente loca.

Cualquiera hacía caso de una historia semejante. ¡Tan truculenta!

Se alejó taconeando airosamente, llevando el bolso rojo en

banderola.

Con una sonrisa incomprensible en su boca, la morena la siguió con la vista. Luego, cuando apenas distinguía su silueta subiendo por la escalerilla al enorme “Constellation” a reacción, miró su reloj de pulsera.

Faltaban diez minutos para que el avión de San Francisco despegara de la pista número diez.

Sacó el bolso y empezó a retocarse los labios, exactamente del mismo modo que lo había hecho la dama del bolso rojo, y se dispuso a esperar el momento de su partida. Mientras la otra iba a ocupar su asiento.

Fue dos horas más tarde, terminada la primera comida, servida por una hermosa y no menos simpática azafata, cuando la dama abrió el bolso con ánimo de retocarse de nuevo los labios.

Metió la mano en él para buscar el lápiz labial, y al punto esta se crispó en el acto.

Se crispó su mano, y toda ella. Todo su hermoso cuerpo pareció sufrir una sacudida, y luego, repentinamente, cerró el rojo bolso.

Estuvo por espacio de unos cuantos minutos completamente inmóvil. Después miró por la ventanilla, contemplando el paisaje que se deslizaba a más de mil doscientas millas hacia atrás, y a mía profundidad de más de quince mil pies por debajo de ella.

No abrió de nuevo el bolso en todo el trayecto. No lo haría, hasta que estuviera completamente sola en su lujoso apartamento de la zona residencial del Grand Park.

Y no lo haría, porque la dama morena del aeropuerto de La Guardia había colocado dentro de su bolso rojo un pequeño y extraño paquete.

Tenía que mirarlo, pero a solas. Lo que ella conceptuó de locura, de manía persecutoria, no era sino una realidad.

Una cruel realidad, porque la morena había sabido zafarse de algo que aún no sabía explicarse, pero que, sin embargo y según la incoherente explicación que diera en el aeropuerto, era peligroso.

¡Y se lo había endosado a ella!

La dama del bolso rojo miró con opresión en torno suyo. Nadie parecía fijarse en ella, de un modo especial.

La dama del bolso rojo no se tranquilizó por eso. Empezaba a tener miedo. Y abrió el bolso. Pero fue después.

CAPÍTULO PRIMERO

El “New York Tribune” publicaba un interesante artículo aquella mañana. *Asesinato en el aeropuerto de La Guardia de Nueva York.* Los caracteres eran negros y en letras grandes y bien visibles. En primera plana. Ocupando con el encabezamiento la totalidad de la misma.

El resto era claro, y en letras más pequeñas.

> “Una mujer, joven de no más de veinte años, fue muerta de un disparo de arma de fuego hecho a quemarropa, en el aeropuerto de La Guardia. El móvil parece haber sido el robó, ya que la víctima, que había sido vista varias veces, cuando deambulaba de un lado para otro, llevaba un bolso negro que todavía no ha sido hallado. La policía, tras las pesquisas pertinentes, ha logrado saber que la dama se llama Elsa Homes, y que se dirigía a San Francisco de California, donde tiene su domicilio.
>
> “Posteriormente, la policía ha averiguado algo más. Se pregunta quién era la dama del bolso rojo que minutos antes tomó pasaje para Chicago, y que fue vista con la asesinada. Al parecer, el Departamento de Homicidios opina que la citada dama del bolso rojo fue la última persona que la vio viva”.

El artículo terminaba como siempre. Con la coletilla de que la policía de Nueva York, en combinación con la de Chicago, tenían una pista, clara, que en pocas horas les llevaría a la detención del criminal.

El “New York Tribune” cayó sobre la mesita redonda, y el hombre que lo leía bebió directamente de la botella de *whisky*, chascó la lengua y miró a su visitante.

Una mujer, más bien una diosa.

Unos ojos grandes, rasgados, casi oblicuos, de largas y rizadas pestañas rubias, verdes como las aguas del mar en un día de tempestad, y brillantes como el fuego del propio infierno.

Un rostro de óvalo perfecto, unas mejillas con dos simpáticos hoyitos, una nariz recta, fina, una boca de labios rojos, gordezuelos, húmedos y sensuales, un seno alto, firme, audaz, una cintura estrecha, unas caderas suaves y firmes, y unas piernas de ensueño, enfundadas en medias caras de nylon, era casi el todo de aquella mujer.

Pero no el todo. Después venían las curvas, y era mejor no mirar mucho.

Eso es lo que hacía en aquel momento Dick “Luger” Preston, uno de los más acreditados detectives privados de Chicago.

No mirarla mucho, como no fuera a la cara. Al fuego casi diabólico de sus ojos.

—¿Le interesa?

La pregunta surgió en la roja boca de la mujer. Su rostro, al formularla, estaba serio, pero su sonrisa era en extremo prometedora.

—Confieso que sí —replicó Preston.

—¿Entonces…?

Preston hizo un gesto con la mano derecha, gesto que se podía interpretar de muchos modos.

—Una cosa es que me interese el caso, y otra, es que piense hacerme cargo de él.

Había algo de diabólica promesa en toda ella, cuando la mujer se levantó del sillón que ocupaba. Frente a él, en pie, replicó:

—¿Quiere decir que después de haberme hecho contar esa historia, de hacerme decir incluso mi nombre, no piensa hacerse cargo de esto?

Preston miró a Sarah Marlowe. Al menos este era el nombre que había dado la mujer.

Una mujer de no más de veintiún años de edad.

Sonrió al mirarla.

—Lo siento, *miss* Marlowe —replicó—. Pero no me gusta el asunto, máxime para hacerme cargo de él.

Ella pensaba de modo distinto, ya que sin perder su aplomo ni su pose prometedora ni su sonrisa, dio media vuelta a la mesa, y antes de que Prestan pudiera decir o hacer nada, la bella rubia le ciñó los brazos al cuello.

Se miraron de frente durante unos cuantos segundos. Después, ella habló, con voz entrecortada.

—¿Ni aun así, míster Preston?

Vaciló.

Ella se dio cuenta, y el esbozo de una sonrisa pareció asomar a sus tentadores labios.

—De acuerdo —replicó repentinamente Preston—. Voy a hacerme cargo de esto, *miss* Marlowe —y ella sonrió ampliamente ahora—. ¿Cuánto está dispuesta a pagar?

Sonrió ella de nuevo.

—Nada, míster Prestan. Nada en metálico. Le ofrezco una oportunidad para servir a su país.

Prestan se quedó de piedra. Durante unos segundos dudó de lo que acababa de oír. Hasta que al mirarla a los ojos comprendió que aquella mujer no se burlaba.

Estaba diciendo lo que pensaba. Lisa y llanamente la verdad de lo que había en su pensamiento.

—Escuche, nena —replicó después de unos momentos de silencio, en los cuales acabó de cerciorarse de que ella, al menos, no estaba loca —. Yo tengo que comer. ¿Comprende esto tan extraño?

Sarah Marlowe sonrió.

—Eso tan extraño me pasa a mí también, querido —Preston respingó ante el apelativo dicho en tono por demás cariñoso—. Pero aun así, no pienso pagarle un solo centavo por su trabajo.

—¿Quiere decirme, entonces, qué gano yo en esto?

—Ya se lo he dicho. La satisfacción de servir a su patria. Además, también estoy yo. Al final, si cree que una mujer rica, una mujer como yo, le conviene como esposa, puede casarse conmigo.

Así, de aquella manera tan lisa y llana, tan tranquila, sin un solo rubor, Sarah expuso la situación.

Preston volvió a mirarla, como si él bajara de la Luna, o como si uno de los dos estuviera loco.

Y el caso es que ella no se burlaba. Tampoco había sido una burla el beso que le dio.

Beso que aún le quemaba los labios.

Se puso en pie, y ella le miró en forma especulativa.

Le gustaba el hombre.

Moreno, de ojos pardos y fríos. De rostro varonil, duro como el de un halcón. De anchos hombros, cintura estrecha, y piernas fuertes como dos columnas.

Quieto frente a ella, con una sonrisa cínica en la boca de labios delgados y un tanto crueles, la miraba como si fuera un ser de otro planeta.

Sarah pensaba.

Pensaba en que había conocido muchos hombres. Algunos la habían besado, pero ninguno como aquel, y eso que estaba segura de que le tomó completamente de sorpresa.

Deseó hacer una nueva experiencia.

Por eso, cuando sonrió, él no pudo saber cuál era la causa de su sonrisa.

—Es tarde —fue lo que musitó—. Debo irme, míster Preston. Pero antes quiero preguntarle de nuevo: ¿no piensa hacerse cargo del asunto?

Preston denegó con la cabeza.

—No, ricura —replicó—. Cierto que me gusta usted mucho. Cierto también que cualquiera es capaz de perder la cabeza por una mujer como usted, pero cierto también que mi pellejo vale unos pocos dólares.

No lo calculé nunca, pero creo debe valer algo. Al menos, para mí.

Sarah Marlowe hizo un mohín con las cejas.

—Volveré mañana por si ha pensado otra cosa, mistar Preston —replicó.

Acto seguido se encaminó hacia la puerta del lujoso despacho.

Preston fue detrás. Alargó la mano para abrir la puerta, y ella se volvió hacia él. Luego dio un paso adelante.

—Tal vez —dijo ella —yo sea una niña tonta que desea tener experiencias nuevas. Sea por lo que sea, volveré a verle, míster Preston. Quiero que me bese otra vez.

Salió, dejándole más confundido aún que cuando le explicó el caso del aeropuerto de La Guardia.

Se fue sin que él supiera ni dónde vivía, ni concretamente quién era. Incluso se quedó sin saber si ella era la llamada “Dama del bolso rojo”.

Preston respiró fuertemente. Luego volvióse hacia la mesa, y alargó la mano para coger la botella de *whisky*. Bebió un largo trago y suspiró de nuevo.

Acababa de hacerlo, cuando la puerta se abrió dando paso a Mirta Lancaster.

Mirta era un bombón, una Venus en miniatura. De estatura normal, tenía todo cuanto debe tener una mujer, e incluso le sobraba, a juicio de Preston, su jefe.

De grandes y profundos ojos intensamente grises, y de larga cabellera castaña.

Mirta entró en el despacho privado de Preston sin llamar. Lo mismo que entraba en otros muchos sitios, del mismo modo, y siempre que él estuviera dentro.

Detenida en el centro de la estancia le miró. Preston bebía de nuevo, y ella no cometió el error de creer que estaba bebiendo por su presencia.

Sabía que era por el efecto que le causó la otra. La mujer que acababa de salir del despacho.

—¿Has creído lo que te ha contado esa prójima?

A Preston no le gustó mucho la pregunta de su secretaria. Ni su expresión, ni el modo de pronunciarla.

CAPÍTULO II

Le devolvió la mirada y bebió por tercera vez.

—No del todo, ricura —expresó después de limpiarse la boca con el dorso de la mano—. Pero me preocupa esa mujer. Está asustada.

Mixta rio, yendo hacia él. Se empinó sobre la puntera de sus zapatos y Preston se inclinó para besarla.

—¿Qué supones? —preguntó ella con el hermoso busto palpitante a causa de la violenta respiración—. ¿Espionaje?

Preston frunció el ceño.

—Siéntate y hablaremos —dijo, sabiendo que ella desde el otro despacho lo había oído todo, incluso los besos finales, cosa que no le preocupaba mucho, ya que Mirta era Mirta y nada más—. Pero cuidado con la falda, preciosa.

Ella rio, sentándose frente a él, e hizo todo lo contrario. Dejó que la falda tomara toda, la iniciativa. Después preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

Preston replicó con otra pregunta:

—¿Por qué crees que voy a hacer algo?

—Porque te conozco, querido. Además, esa prójima, representa un bocado demasiado exquisito para que lo dejes perder.

—¿Y tú?

—Yo también —sus ojos brillaron al replicar—. Pero al menos para ti, ya estoy pasada de moda. En fin, dejemos esto; ¿quién es ella?

—Dijo que se llamaba Sarah Marlowe. Puede o no ser su nombre verdadero. ¿Qué opinas tú, Mirta?

La secretaria sonrió.

—Yo creo que sí. Ahora, sabiendo esto me pregunto una cosa: ¿Es ella “la dama del bolso rojo”? ¿Es ella la mujer del aeropuerto de La Guardia?

Preston quedó pensativo unos segundos.

—Confieso que no lo sé, Mirta. Confieso también, que aunque el asunto no me gusta, es en extremo interesante. Me intriga.

Ahora la que pensó fue ella. Entrecerró los ojos y los clavó en la puntera de sus zapatos.

Permaneció así por espacio de más de cinco largos minutos, mientras Preston la miraba. A las magníficas piernas, a todo su ser. De pies a cabeza, deteniendo los ojos en los lugares pertinentes.

Al fin, Mirta levantó la vista, sorprendió aquella mirada que tanto le

gustaba y sonrió prometedora.

—Esa mujer, Sarah Marlowe, dijo que venía de parte de una amiga, ¿no es así? —preguntó.

Preston replicó rápidamente:

—Sí, así es. De parte de una amiga suya que estaba aterrorizada.

—Pues mintió, Dick. Apuesto lo que quieras a que la “dama del bolso rojo” es ella misma. Mintió porque tiene miedo a la policía. Tal vez al F. B. I., tal vez a las consecuencias que para ella pueda tener el poseer ese paquete, que dice le entregaron a su amiga minutos o segundos antes de subir al “Constellation”. La única verdad que había en Sarah Marlowe, fueron sus besos, Dick. Cuando te besó, no mentía. Luego, cuando se fue, expresó lo que verdaderamente sentía.

Preston rio alegremente. Mirta se levantó y fue hacia él. Le puso las manos encima de los hombros y le besó suavemente en la comisura de la boca.

—Ríe cuanto quieras, Dick “Luger” Preston —dijo después—. Pero es verdad, la única y verdadera verdad. Nadie tiene la culpa, y tú menos que nadie, de que a las mujeres les gustes, de que todas se enamoren de ti la primera vez que te ven. Sarah Marlowe no va a ser la excepción de la regla. ¡La volverás a ver! Incluso puede que te cases con ella.

Preston rio como un loco. Luego la abarcó por la estrecha cintura con sus grandes manos y la besó en los labios. Mirta correspondió como siempre.

—¿Y tú, Mirta?

—Yo no soy nada más que una… complaciente secretaria tuya, querido. No deseo tentar la suerte. Tengo todo cuanto quiero, y con eso me basta.

Quedó pensativa entre los brazos de él. Rememorando el pasado, cuando un jefe desaprensivo la despidió porque ella no quiso aceptar ninguna de sus pretensiones.

Preston la encontró un anochecer, junto al lago Michigan, cuando un vendedor ambulante gritaba contra ella los más groseros adjetivos, porque Mirta le había robado una manzana para comer.

Preston pagó la fruta y la empleó como secretaria suya.

Los pensamientos de Mirta los interrumpió él:

—De acuerdo en todo eso, pero, ¿te casarías conmigo, ahora, en este mismo momento?

Los ojos de ella se nublaron.

—Yo soy muy poca cosa para un hombre como tú, Dick. No te convengo en modo alguno. De otra forma, creo que no tardarías en arrepentirte. A ti, lo que te conviene, es una mujer como la Marlowe.

—Solo la he visto una vez, ricura —replicó él, riendo.

—La verás de nuevo, querido —repitió ella—, y no tardarás mucho.

Preston la enlazó por toda respuesta, y Mirta perdió el aliento.

Después, un momento después susurró:

—Dick... pero... pero, ¿y si entra un cliente?

—¡Al diablo con ellos!

No entró nadie.

Ni hacía falta.

Las luces de Chicago estaban encendidas cuando él dijo:

—Anda, querida, te acompañaré a cenar. Ve y componte un poco. Tienes un pelo que parece no haber sido peinado en un año.

Mirta se alejó riendo, y cuando salió del cuarto de aseo, Preston la prendió del brazo, cerró la oficina, salieron a la calle, y la llevó a un restaurante de la Avenida Fullerton.

Mientras cenaban charlaron de asuntos diferentes. Charlaban, pero el pensamiento de Preston no se apartaba de la extraña visita que había recibido aquel día.

No se apartaba de los grandes titulares del "New York Tribune". No se apartaba ni un ápice del bello rostro de Sarah Marlowe, ni del beso que le dio.

Todavía le quemaba la boca.

La vería de nuevo. Mirta lo había dicho, pero él estaba seguro de ello, aunque ella hubiera dicho lo contrario.

Terminaron de cenar y bailaron un poco. Después, Preston la llevó a su apartamento. No subió y ella se sintió decepcionada. Pero aquella noche Preston no estaba para más ajetreos.

Además, deseaba pensar.

Pensar completamente solo.

Quedó en la acera, viendo cómo ella cerraba la puerta del portal después de besarla en los labios, y entonces giró en redondo y empezó a andar lentamente.

Dos manzanas más allá se detuvo para encender un cigarrillo. ¿Quién era verdaderamente Sarah Marlowe?

Una maravillosa mujer que sabía besar. Rica, según ella. Con dólares suficientes para comprarle a él. Tal vez para comprar algunas conciencias.

¿Dónde había mentido? ¿Dónde había dicho la verdad? ¿En sus besos tal como afirmaba Mirta?

Preston sonrió.

Y la sonrisa se le heló en los labios cuando un objeto duro se clavó en su espalda.

Se inmovilizó al punto, y la presión se acentuó.

—Sin truquitos, pesquisa. Siga andando como si tal cosa. Doble, la

primera cuadra a mano derecha. Allí hay un "Cadillac" estacionado. Métase dentro.

Aspiró profundamente la bocanada de humo y empezó a andar de nuevo, sin volverse, sin girar la cabeza. Exactamente como si detrás suyo no hubiera nadie, cual si no se viera amenazado por una fea y pavorosa automática de fabricación alemana.

Dobló la primera cuadra a mano derecha. Tal y como le había indicado su desconocido agresor.

El "Cadillac" ocho plazas, modelo 1960, estaba allí.

Preston oyó claramente el zumbido del motor funcionando al "ralentí". Vio cómo la portezuela trasera se abría para darle paso. Entró.

Al hacerlo logró distinguir confusamente una mano enguantada en negro, un rostro de mujer, y luego la cabeza pareció estallarle en pedazos.

De modo inmediato, el "Cadillac" se apartó del bordillo y empezó a ganar velocidad.

El hombre que le había llevado hasta él quedó allí, en la acera, hasta, que la luz del faro piloto se confundió con la de otros automóviles. Luego buscó un taxi, y la noche, llena de luces multicolores, se lo tragó.

CAPÍTULO III

—Me llamo Ming, y deseo una información de usted, pesquisa.

Estas fueron las primeras palabras que oyó Preston al recobrar el conocimiento.

No replicó al pronto.

Miró en torno, palpándose la dolorida cabeza, en cuyo centro tenía un chichón del tamaño de un huevo de paloma.

Se encontraba en el interior de un apartamento, en extremo lujoso, a juzgar por los muebles que había en el *living*.

No conocía el lugar. Tampoco a la mujer que, sentada en el sofá, le miraba con los grandes y oblicuos ojos entrecerrados.

De inquietante belleza. Una blusa sin mangas, completamente desabrochada, y unos cortísimos pantalones, que dejaban al descubierto unas hermosas piernas, desnudas en su totalidad, era toda su indumentaria.

Preston hizo esfuerzos por serenarse mientras ella seguía mirándole, después de haber pronunciado aquellas palabras.

Lo consiguió en contados minutos y la miró. ¿Japonesa?

¿Nativa?

Podía serlo, también podía ser una mezcla de japonesa y americano.

Se incorporó del suelo donde había permanecido tendido hasta entonces, y en el acto reparó en la fea automática que ella llevaba en la mano.

Automática que le apuntaba en medio del corazón.

Preston la miró de pies a cabeza, deteniéndose en las piernas y en la blusa desabrochada.

La mirada de sus ojos no reflejaba admiración. Era un completo insulto para la mujer.

Ella lo comprendió así, ya que crispó su bello y exótico rostro en una mueca. Fue a decir algo, pero Preston ya había recuperado el don de la palabra.

Por lo tanto, se adelantó preguntando:

—¿Ming? ¿Solo eso? ¿Japonesa o china?

—No creo que le importe a usted mucho, pesquisa. Pero, en fin, le contestaré. Soy china. Hija de madre china y padre americano. Recuerdo de la Segunda Guerra Mundial. ¿Satisfecho? Si es así, tenga la bondad de contestar a mí pregunta.

Preston se llevó la mano a la cabeza, sonrió torcidamente y replicó

con otra pregunta:

—¿Es así cómo tiene por costumbre recibir a sus invitados?

Sonrió la mujer por primera vez, aunque su sonrisa no restó dureza alguna a su semblante.

—No creo que tampoco importe mucho, míster Preston —replicó con absoluta tranquilidad—. Nadie le ha roto la cabeza, aunque confieso que le dieren un buen golpe. Ahora, ¿quiere contestarme?

—Pregunte, y ya veremos si puedo decirle algo, querida.

—Sé que esta tarde fue a verle una mujer. Bella y rubia. Una tal... Sí, una tal Sarah Marlowe. ¡Quiero que me diga a qué fue!

Preston la miró largamente.

—Quería pagar para un asunto, del cual yo no me hice cargo. No me gustaba. Y ahora, también sigue sin gustarme.

La bella y exótica mujer sonrió levemente.

—¿Qué clase de asunto? —preguntó.

—Secreto profesional, hermosa.

Ella encaró la automática. Una "Parabellum" de feo aspecto.

—Podría matarle de un tiro, y nadie me pediría cuentas por ello, pesquisa. Conteste, ¿quiere?

—Buscaba a su novio desaparecido hace días. Pagaba poco y no me gustó el encargo.

—¡Está mintiendo! Por última vez, míster Preston. ¿Por qué fue a verle esa mujer?

—Se lo he dicho ya.

—Usted lo ha querido, muchacho.

Soltó la "Parabellum" y dio un par de palmadas, luego la recogió en un segundo.

El movimiento agresivo que hizo Preston quedó cortado en seco cuando Ming le apuntó de nuevo. Y rio al ver su rostro, mientras que una de las puertas, situada al fondo del *living*, se abría para dar paso a dos hombres.

Dos gigantes.

Preston no les había visto nunca.

Pero a pesar de ello, no hacía falta ser un lince para adivinar por qué habían sido llamados. Intentarían hacerle cantar. Por lo visto, para aquella Ming, lo que pudiera haber dicho Sarah Marlowe, tenía una importancia vital.

Preston se volvió encarando a los tres. Empezó a sudar mientras la voz, ahora incisiva de ella, se dejaba oír de nuevo en el interior del *living*.

—Le ruego que no haga tonterías, pesquisa. Sentiría tener que pegarle un tiro en una parte de su anatomía, antes de que estos dos se

las entiendan con usted. Por última vez, ¿a qué fue Sarah Marlowe a su oficina?

Preston giró en redondo y la encaró:

—Es usted una estúpida pesada, Ming. Ya se lo he dicho, Sarah Marlowe, si es la misma mujer que usted dice, fue a mí oficina porque su novio ha...

No pudo seguir.

El primer golpe le alcanzó en un costado de la cara. Vaciló sobre sus pies, y luego, con los puños crispados se volvió, intentando repeler la agresión.

Uno de los gigantes le alcanzó entonces en el mentón tirándole aparatosamente contra la pared.

Dio dolorosamente contra ella, y luego se deslizó mansamente hasta el suelo.

Preston abrió y cerró la boca unas cuantas veces. Los dos gigantes, silenciosos como tumbas, miraron a la mujer. Ming hizo un signo con la mano y entonces, al Unísono, avanzaron hacia él.

Les dejó llegar mirándoles por entre los entornados párpados.

Y llegaron.

Mientras uno de ellos permanecía en pie, el otro se inclinó alargando las manos.

—Hablarás ahora, perro bastardo. Hablarás o voy a romperte todos los huesos.

Preston no replicó. ¿Para qué hacerlo?

Disparó una de sus piernas, y el zapato alcanzó la barbilla del gigante. En el interior del *living* se oyó un escalofriante ruido de huesos rotos cuando el *gangster* dejó caer al suelo su pesada anatomía.

Ya no se movió.

Preston no reparó en esto. Se puso en pie zafándose de las manos del otro y conectó su puño contra la cara del segundo.

El *gangster* hizo un quiebro de cintura, y Preston, que esperaba esto, lanzó su izquierda contra el hígado de su enemigo. La inmensa mole del gigante se estremeció al conjuro del impacto, y luego boqueó buscando el aire que faltaba a sus pulmones.

Preston no le dio respiro. Disparó la derecha, y en aquel momento, el mundo se desplomó sobre él.

Por segunda vez en pocas horas, recibió un culatazo en la cabeza, que le privó del sentido.

Se desplomó como un saco, al mismo tiempo que lo hacía Red Mills, el gigantesco *gangster*.

En pie, junto a él, Ming le miraba sonriente, llevando la “Parabellum” cogida por el cañón.

Mills se movía en el suelo, y ella se acercó a él.

—Sois un atajo de inútiles —dijo con voz irritada—. Si no es por mí, ese maldito pesquisa acaba con vosotros. ¿Qué sois? ¿De manteca?

Mills hizo un gesto y se sentó en el suelo. Un poco más allá, Don Shelton empezaba a moverse.

Después lanzó un gemido. Ming volvió el rostro hacia él.

—Llévatelo y que le curen —dijo—. Pero antes, hay que seguir con el pesquisa. Llama a Tom St. Malo y entre los dos sacarle de aquí.

—¿Lo pasaportamos?

—¡Imbécil! ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Creí que...

—Te pago para que obedezcas, no para que pienses, al menos por tu cuenta. Llama a St. Malo y ya te diré lo que tenéis que hacer.

El *gangster* salió, y ella volvió los ojos hacia Preston, que continuaba completamente inmóvil.

—Maldito pesquisa —mascullό—. Si le dejo acaba con los dos.

Sin perderle de vista, Ming se acercó a la mesita redonda. Escanció *whisky* y bebió un largo trago.

Luego se sentó, cabalgando una de sus hermosas piernas sobre la otra.

Así la sorprendieron los dos *gangsters* cuando cinco minutos después hicieron su aparición.

Casi en el acto, ella, con una enigmática sonrisa en los labios, empezó a dar instrucciones.

Diez minutos más tarde, Preston empezó a moverse. Pero fue por poco tiempo. El llamado St. Malo le golpeó de nuevo sumiéndole por tercera vez en la inconsciencia.

Después le sacaron de allí, llevándole al “Cadillac”. Este partió al instante, internándose rápidamente por entre las amplias avenidas de Chicago. Luego se detuvo.

Mientras tanto, Ming, en la ventana del apartamento, con sus negros y exóticos ojos clavados en la noche, pensaba.

Pensaba en un hombre llamado Dick “Luger” Preston, y en una mujer llamada Sarah Marlowe.

Pensaba en “la dama del bolso rojo” del aeropuerto de Nueva York.

CAPÍTULO IV

La primera sensación que experimentó al empezar a recobrar el conocimiento fue de agradable frescor. Luego, hasta su nariz, le llegó el penetrante olor a *whisky*.

Intentó abrir los ojos. El agudo y repentino dolor que sintió en la cabeza le hizo desistir de ello.

Minutos después se dio cuenta de que alguien estaba mojando sus sientes con un trapo empapado en agua fresca. Probablemente procedente del frigorífico.

Más tarde fue un ardiente beso que le hizo estremecer.

¿Mirta?

Abrió los ojos mirando en torno.

Primeramente fue como si tuviera delante de ellos una nube. El olor a *whisky* persistía.

Luego, sin que el olor perdiera su intensidad, vio claramente los objetos que tenía alrededor.

Un *living* amueblado aún con más lujo, y más costo del que acababa de abandonar.

¿Lo acababa de abandonar, o le habían echado de allí después de golpearle de nuevo?

Pero, ¿por qué?

Un nuevo beso le volvió completamente a la realidad.

No era Mirta.

No lo era, aunque ni pensó en ella ni la echó de menos en aquel entonces.

La mujer era Sarah Marlowe. La casa, el apartamento, posiblemente sería el suyo. Debía ser así, porque ella llevaba tan poco encima de su maravillosa anatomía, que Preston estuvo a punto de perder el sentido por cuarta vez.

—¿Se encuentra mejor, querido?

Preston se incorporó. Entonces se dio cuenta de que estaba tendido a todo lo largo del sofá.

Mirándola, preguntó:

—¿Cómo he venido a parar aquí?

Sarah rio quedamente. Luego se inclinó, y ahora fue Preston quien se apresuró a besarla.

—Le traje yo, querido. ¿A quién se le ocurre emborracharse de esta manera?

Su mirada expresaba burla.

Preston se incorporó del todo llevándose la mano a la nuca.

—¿Dónde me encontró, ricura?

—En Sheridan Road. Caído junto a la acera, y apestando a *whisky* por todos los poros.

Preston no deseó discutir, ni tampoco explicar nada de lo ocurrido aquella tarde. Sin embargo hizo aún otra pregunta:

—¿Desde cuándo estoy aquí?

Sarah consultó su reloj de pulsera.

—Hace hora y media —replicó.

Se miraron los dos unos segundos en el más completo silencio. Luego, ella giró en redondo y salió del *living*. Cuando volvió al cabo de tres minutos, llevaba dos vasos en la mano.

Le tendió uno a Preston, que preguntó al tomarlo:

—¿No cree que estoy aún bastante borracho para seguir bebiendo, querida?

Sarah rio alegremente.

Fueron unos cuantos segundos. Luego su hermoso rostro quedó serio.

—Ya sé que no estaba borracho, Dick —dijo en un susurro—. He visto su cabeza. ¿Quién le golpeó para luego dejarle tirado en medio de la calle como un objeto sucio y mal oliente?

Preston la miró mientras ella se sentaba cruzando sus desnudas piernas.

—Supongo que una mujer llamada Ming —replicó.

—¿Ming?

—Si. Pero eso no viene al caso. Ahora, ¿quiere contestar a una pregunta?

Ella pareció adivinar cuál iba a ser, ya que sonrió con picardía.

—Hágala —replicó—. Procuraré responder con la verdad, Dick.

—¿Es usted “la dama del bolso rojo”, *miss* Marlowe?

—No, Dick. No lo soy. Y puede llamarme Sarah. Es lo primero que le pido a un hombre cuando sabe besar, como usted.

—¿La besaron muchos, Sarah?



—Agente especial Britten, del F. B. I., Preston

Ella sacudió la cabeza de un lado para otro. Luego, dando de lado a la escabrosa pregunta replicó con otra, que era la que verdaderamente le interesaba:

—¿Va a hacerse cargo de mi asunto, Dick?

Preston no vaciló ahora.

—Si. Y no por usted, Sarah, sino porque esa Ming o cómo diablos se llame, se interesó por lo que usted había venido a mí oficina.

—¿Cómo...?

—Esa es la verdad, querida. Y ahora, ¿le puedo hacer unas cuantas preguntas?

—Desembuche, cariño. Procuraré contestar a todas ellas.

—¿Quién es “la dama del bolso rojo”? ¿Cómo se llama y dónde vive la mujer que vio a Elsa Homes minutos antes de que fuera asesinada en el aeródromo de La Guardia, de Nueva York?

Sarah denegó con la cabeza.

—Lo siento, Dick —susurró—. Pero no puedo decirlo. Comprenda, el secreto no es mío, y ella está muy asustada. Aterrorizada diría, yo.

—No obstante, debo hablar, con ella. Es de vital importancia.

—Lo sé, Dick. Y no sea chiquillo. No puedo decirle nada. Fue lo primero que me pidió.

—Bien —replicó Preston contrariado en extremo—. Dejaremos esa cuestión para otro día. ¿Sabe lo que contenía el paquete que la Homes depositó en el bolso de su amiga?

—No.

La respuesta de Sarah fue un tenue susurro. Tan suave, que Preston creyó no haber oído bien.

—¿Cómo explica su ignorancia, Sarah? —preguntó no obstante.

Sonrió ella descruzando las piernas, y recostándose contra el respaldo del sofá, con lo que la suave tela que cubría su busto se atirantó de manera alarmante.

—Es fácil. Mi amiga perdió el bolso momentos después de llegar a Chicago.

Preston saltó materialmente sobre el sofá. Después la miró en silencio durante unos minutos y, finalmente, preguntó:

—¿Cómo diablos explica eso? ¿Por qué no me lo dijo esta mañana?

—Cómo explicarlo no lo sé —replicó ella—. Y si no se lo dije esta mañana, fue porque usted dijo que no se haría cargo del asunto.

Preston pensó aprisa.

—Siendo así, ¿qué es lo que desea que haga?

Su pregunta estaba cargada de ironía, pero al parecer, Sarah no puso atención en ello, ya que replicó con la mayor inocencia del mundo:

—Mi amiga desea que recupere el bolso, con lo que contiene.

—¿Nada más que eso?

—Nada más, Dick. Dice que recién llegada a Chicago, al salir del aeropuerto tomó un taxi y se hizo conducir a su casa. Cuando llegó, ya no llevaba el bolso. El taxista tuvo que esperar a que entrara en su apartamento, para recoger unos pocos dólares con que pagarle. No sabe dónde se lo dejó, o si se lo quitaron en el mismo avión, o en el aeropuerto.

Preston sonrió escéptico. Seguía sin gustarle la cosa.

—¿Sospecha de espionaje?

—Mi amiga cree que sí.

—¿Y usted, Sarah?

—También.

—Entonces, ¿por qué en vez de buscar a un detective particular para esto, no habéis dado parte al F. B. I.? Ellos cuentan con mejor preparación para hacerse cargo de un caso como este.

Sarah quedó pensativa unos segundos. Al cabo de ellos se enderezó para inclinarse sobre él, con lo que Preston apartó velozmente los ojos de su amplio escote en V.

—No puede hacerlo, Dick. Comprenda en la situación que quedó mi amiga. El Departamento de Homicidios de Nueva York cree que es ella el asesino. Por otra parte, mi amiga ha sido seguida desde que puso los pies en Chicago. Tiene miedo, Dick. Ella no tiene el bolso. Por lo tanto, tampoco el paquete. Si esos hombres la cogen, la matarán después de torturarla. Querrán arrancarle un secreto que no posee. ¿Comprende? Ella, aunque parezca extraño nada sabe del bolso ni del dichoso paquete. No tiene ni la más ligera idea de dónde han ido a parar ambas cosas. Esa es la verdad, Por eso pensó encontrar a un detective particular.

Preston sonrió pensando en los honorarios que iba a cobrar por aquel trabajo.

Mirándola fijamente preguntó en tono de burla:

—¿Piensa pagarme tanto como para hacerme rico, Sarah?

La muchacha rio quedamente.

—Soy rica —dijo, repitiendo las mismas palabras que en su oficina—. Ya sabe, Dick, si al final de esto... Bueno, ¿qué decide?

Preston tomó una decisión. A decir verdad, ya lo tenía decidido de antemano, desde el momento en que fue raptado, por decirlo así, frente al apartamento de Mirta.

—De acuerdo, querida —replicó—. Voy a encargarme de esto sin cobrar nada, aunque le pasaré la factura a alguien antes de terminar. De eso puede estar segura, Sarah.

Ella le miró con una picara y prometedora sonrisa en los labios.

—¿Piensa cobrarme a mí, Dick? —preguntó.

—Sí, querida. Pero no después, sino ahora mismo.

Sarah se puso en pie. Preston la imitó.

Frente a frente, con los ojos brillantes, ella musitó quedamente:

—¿Qué... qué quiere decir...?

—Nada aún, querida. Nada aún —repitió.

* * *

Preston abandonó el apartamento de Sarah Marlowe bien entrada la mañana siguiente.

Caminó por espacio de un par de cuadras antes de encontrar un taxi.

Dentro de él, llevando en la boca un sabor agridulce, dio la dirección de su apartamento.

Estaba cansado. Demasiado trajín para tan pocas horas.

Apoltronado en el asiento se dedicó a pensar en Sarah. En ella y en su apartamento. En Mirta. En aquel endemoniado embrollo que empezó en el aeropuerto de La Guardia de Nueva York, y que había venido a él sin desearlo.

No se hubiera hecho cargo del asunto, ni aun que le hubieran pagado un millón de dólares por ello. Pero alguien, una mujer llamada Ming, le había tomado por conejo de Indias.

Eso aún le gustaba menos. Tan poco como los golpes que había recibido. Alguien le había golpeado, y él iba a devolver los golpes uno por uno. "Alguien" iba a sentir muy pronto los efectos.

Pensó en el aeropuerto de La Guardia, en la mujer asesinada. En el regreso a Chicago de "la dama del bolso rojo", y en la desaparición del bolso con el extraño paquete.

¿Qué contenía este? ¿Quién era "la dama del bolso rojo"? ¿La amiga de Sarah Marlowe, o ella misma?

Descendió del automóvil sin haberse podido poner de acuerdo consigo mismo. Subió a su apartamento utilizando el ascensor. Un apartamento lujoso en La Salle Street, donde había todas las comodidades.

Un apartamento de soltero, de un hombre cuidadoso de su persona. De un hombre que se gana bien la vida.

Preston introdujo el llavín en la cerradura, abrió la puerta y entró. Con paso largo avanzó por el pasillo hacia el *living,* para encaminarse directamente hacia su dormitorio.

Abrió la puerta, y Mirta cayó en sus brazos besándole con desesperación.

—¡Dick! ¡Oh, Dick! Creía... Creí que te había pasado algo.

Le acarició el pelo con dulzura.

—¡Buena chica! —dijo—. Pero no ha pasado nada como ves. Estás nerviosa.

Ella se separó un tanto y le miró dubitativa. Tardó exactamente dos segundos en darse cuenta de que mentía.

Tomándole por las solapas preguntó:

—¿Qué te ha pasado, Dick? —le tocó la cabeza con manos expertas y suaves como la seda—. ¿Quién te ha golpeado? Contesta. ¿Quién ha

sido el cerdo que...?

Preston tapó su boca con una de sus manos.

—Si callas y me dejas hablar te lo explicaré todo.

Asintió ella con un mudo gesto de cabeza, y Preston explicó concisamente todo lo ocurrido a partir del momento en que la dejó en la puerta de su apartamento.

Terminó el relato con una pregunta:

—Y tú, Mirta; si mal no recuerdo te dejé en tu casa. ¿Cómo es que estás aquí?

Mirta sonrió.

—Es fácil de adivinar. Apenas entré en el apartamento, alguien empezó a llamar por teléfono. Preguntaron por ti y dije que habíamos estado juntos y que te habías ido. Di el número de este teléfono, pero el desconocido volvió a llamar diciendo que no contestaba nadie. Llamó un par de veces más, y como no me dejaba dormir, opté por venirme aquí. Esta mañana ya ha telefoneado una vez. Me ha dicho que si regresas, que no te muevas de aquí hasta que hable contigo. Dice que es algo muy urgente y de vital importancia. No ha dicho más.

—¿Quién es el hombre?

—No lo sé, Dick. No quiso dar su nombre.

—Entonces, ¡al diablo con él!

La exclamación de Preston la cortó el insistente repiquetear del timbre del teléfono.

CAPÍTULO V

Ambos se miraron fijamente a los ojos, y, finalmente, Preston hizo una seña a Mirta.

Ella entendió.

—¿Qué le digo si pregunta si estás?

Durante un par de segundos, Preston se encogió de hombros. Luego recapacitó.

—Si ese individuo es el mismo que llamó ayer y ha llamado hoy es que tiene prisa. Y también se trata, como dijo, de un asunto de importancia. Dile que he venido y que he vuelto a salir, pero que dentro de un par de horas estaré en nuestra oficina. Cítale allí.

Sonriendo, Mirta tomó el auricular.

Al lado de ella, Preston escuchó la breve conversación telefónica. Luego, Mirta colgó.

Luego, Preston se encaminó al lavabo. Se duchó y afeitó. Después cambio de traje, y regresó al *living,* donde sentada, con las hermosas piernas enfundadas en caro nylon, le esperaba Mirta.

Mirta, que se puso en pie yendo hacia él. Parada frente a frente, rozándole dijo:

—Antes quise hacerte una pregunta, Dick; pero el tipo del teléfono me interrumpió —hizo una pausa y luego, sin mirarle preguntó—: Se trata de esa rubia de ojos de gato. De Sarah Marlowe. ¿Es un pasatiempo, o vas a casarte con ella? Es rica, según dijo, ¿no?

Preston rio.

Rio entonces, porque adivinó un ramalazo de celos. Mirta estaba celosa a pesar de lo que afirmó el día anterior en el despacho, a raíz de la visita de Sarah Marlowe.

—Es solo un pasatiempo, querida —afirmó en tono cínico—. Un hermoso pasatiempo. Eso es todo, en lo que respecta a Sarah Marlowe.

—¿Un pasatiempo como yo, Dick?

Preston no rio ahora. La miró seriamente, a los ojos, a toda ella. Y Mirta tenía mucho por admirar.

—Tú nunca has sido un pasatiempo para mí, Mirta —dijo seriamente—. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza, nena? ¿Por qué no dejas tus prejuicios, olvidas lo que me dijiste ayer en la oficina y nos ponemos de una vez de acuerdo?

—¡Dick! ¿Es que me estás pidiendo que me case contigo?

Preston no replicó. Tenía bastante con mirarla a los ojos. Ojos que

brillaron de un modo que él no había visto nunca.

En vista de su silencio, Mirta se acercó más. Prendió las manos en las solapas de su chaqueta y le miró a los ojos, escudriñándole, intentando penetrar hasta lo más profundo de su pensamiento.

—No puedo creerlo —susurró quedamente.

Siguió mirándole, sin que él dijera una sola palabra. En vista de ello, adujo tenuemente:

—¿Entonces... entonces... debo conceptuarme como tu pro... metida?

Preston no replicó tampoco, pero ahora sonrió.

—No... no puedo creerlo —repitió ella una vez más—. No puedo creerlo, y, sin embargo, sé que es verdad.

Vaciló unos segundos, y luego, con una extraña exclamación se colgó a su cuello.

Preston rio al enlazarla por la cintura, y su risa se cortó en seco cuando Mirta, le cerró la boca con sus rojos labios.

Cuando se separaron, Preston la tomó por el brazo y tiró hacia la puerta.

—Vamos —dijo—. Tengo un hambre de lobo. Desayunaremos en el primer bar que nos salga, al paso.

Lo hicieron en silencio, pero a Mirta nunca le supo un desayuno como aquel. Fue único. Cuando salió a la calle para tomar el taxi que debía conducirles a la oficina, pensó en ello.

Hizo el camino apretada contra él, y sin decir una palabra.

Una vez en ella, Preston la dejó sola en el despacho de recepción, y él entró en el privado. Se sentó detrás de la mesa y esperó a que llegara el hombre que se había mostrado tan insistente por teléfono.

No volvió a llamar, pero media hora después, Mirta asomó por la puerta y anunció:

—Míster Al Britten, míster Preston.

No le dio tiempo a autorizar la entrada, ya que el hombre entró apartando a Mirta, que se había quedado en el umbral de la puerta.

Preston no se movió. Examinó al desconocido, que, sin más preámbulos y mientras Mirta daba media vuelta y salía cerrando a su espalda, avanzó hasta uno de los sillones y se sentó.

Era alto, delgado, pero de músculos de acero, como Preston adivinó tras lanzarle una rápida ojeada.

De no más de veinticinco años, era todo un atleta. Pelo negro y ojos oscuros, tal vez pardos. Se movió con soltura felina.

Mientras tomaba asiento en uno de los sillones, sin ser invitado para ello, sacó una pitillera y encendió un cigarrillo, expelió varias veces el humo y miró largamente a Preston, como esperando a que este

dijera algo, o preguntara alguna cosa.

Pero Preston no le dio motivos para que se regocijara en ello. Permaneció en silencio, mirándole a su vez, con toda naturalidad, hasta que el llamado Britten empezó a hablar.

—Llevo buscándole desde la madrugada de ayer, míster Preston —dijo con voz firme y notablemente educada—. Al fin he podido localizarle y créame que me alegro.

—Bien, usted dirá.

Las palabras de Preston sonaron extrañamente secas, concisas.

—Deseo una información, que solo usted puede darme.

—Creí que se trataba de algo importante, míster Britten. Creí que iba a encargarme un caso extraordinario.

Britten enseñó su blanca y fuerte dentadura en una sonrisa.

—Nada de eso, míster Preston —afirmó con entera tranquilidad—. Solo deseo, como ya he dicho, una información. Espero que me la dé.

Preston contó hasta diez antes de contestar, ya que su primera idea fue mandarle al cuerno o a otro sitio peor.

—¿Solo eso? —preguntó con manifiesta ironía—. ¿Y quién diablos es usted si puede saberse para hacerme esa petición?

Britten se echó a reír. Luego introdujo una mano en el bolsillo de la americana y extrajo una chapa que Preston reconoció en el acto.

—Agente especial Britten, del F.B.I., míster Preston —dijo después —. Estoy encargado de un extraño caso, y por eso estoy aquí.

Se levantó y le tendió la mano con una simpática sonrisa en los labios. Preston hizo lo propio y se la estrechó.

—Hable usted —invitó después de sentarse de nuevo.

—¿Qué puedo saber yo que usted no sepa?

—Eso es lo que deseo saber yo, míster Preston —replicó el del F.B.I., sin perder la sonrisa. Hizo una pausa y agregó—: Se trata de la denominada “Dama del bolso rojo”. ¿Qué sabe de ella, míster Preston?

—¿Cómo está tan seguro de que yo sé algo de esa misteriosa dama?

Britten suspiró largamente:

—¿Desea colaborar con el F.B.I.? —preguntó un tanto secamente, aunque sin perder por ello, al parecer, su eterna sonrisa.

—Eso ni se pregunta, míster Britten. Si he hecho esa pregunta, es porque siento curiosidad por saber cómo el F.B.I. ha llegado a la conclusión de que yo sé o debo saber algo de este asunto.

—Bien, iré al grano, puesto que así lo desea —empezó—. Un agente del contraespionaje llevaba un paquete de importancia vital para la nación. Tenía que traerlo desde Nueva York hasta aquí. Fue herido gravemente por quien fuera. Perseguido de cerca hizo lo que yo hubiera hecho en su lugar. Se lo dio, fiando al azar, a la primera persona que le

salió al paso, cuando ya estaba en el suelo a punto de perder el conocimiento.

“En este caso a una mujer. Una mujer que iba a San Francisco y que no llegó a ninguna parte, porque la mataron en el mismo aeropuerto de La Guardia. Sabemos que minutos antes estuvo hablando con otra mujer. Una dama, según el relato de los que la vieron. Una dama con un “bolso rojo”, que tomó el avión para Chicago, y que llegó a esta ciudad, según la propia azafata, que ya ha sido interrogada.

“La pista de “la dama del bolso rojo” se pierde completamente a la salida del aeropuerto de esta ciudad. Con ella el paquete, ya que suponemos que le fue entregado en La Guardia, en Nueva York. Digo suponemos, porque hasta la fecha, lo único que sabemos, es que inopinadamente ha surgido una tal Sarah Marlowe, la cual es vigilada, aunque a distancia, por algunas personas de las cuales sospechamos que puedan ser agentes del extranjero. Toda una dama también, y cuya descripción le cuadra como un guante, como a la mujer que fue vista en el aeropuerto de Nueva York con la asesinada Elsa Homes. ¿Va comprendiendo por qué estoy aquí, míster Preston? ¿Por qué vino ella a visitarle a usted?

Preston encendió un cigarrillo antes de dar una respuesta a la pregunta del agente secrete.

—Para hablarme de “la dama del bolso rojo”, míster Britten —replicó—... Pero ella niega ser la mujer que fue vista con Elsa Homes.

—Explique eso, por favor.

Preston, sin quitar ni añadir una coma, explicó todo lo ocurrido desde que Sarah Marlowe fuera a visitarle, pero omitió lo ocurrido con la mujer llamada Ming.

Britten quedó pensativo unos segundos. Pensamientos que cortó Preston al añadir:

—Ustedes mirarían las listas de pasajeros del “Constellation” procedente de Nueva York, ¿no? Siendo así, sabrán si una mujer llamada Sarah Marlowe efectuó el vuelo Nueva York-Chicago, ¿verdad? ¿Existía ese nombre en la lista de pasajeros?

—Sí, míster Preston. Existía. Una mujer llamada Sarah Marlowe tomó el avión en Nueva York y descendió en Chicago.

—Entonces, Sarah Marlowe es “la dama del bolso rojo” —afirmó Preston.

—No necesariamente, míster Preston. Sarah Marlowe puede ser o no esa mujer. Tal vez diga la verdad al afirmar que la repetida “mujer del bolso rojo” sea simplemente una amiga suya. Tal vez esté mintiendo y sea ella misma.

—¿Por qué no la detiene y la interroga?

—Hasta ahora no teníamos prueba de nada, y si la vigilábamos es porque a su vez era vigilada, como ya le he dicho. Ahora, con su testimonio, míster Preston, se puede hacer algo, pero no me gusta. No me gusta por ahora. Usted dice que “la dama del bolso rojo” perdió el bolso y que ha sido contratado para encontrarlo, junto con el paquete. Esto puede ser verdad o no serlo. Por lo tanto... —Britten vaciló unos segundos y, al fin, se decidió—: Por lo tanto, voy a dejar las cosas como están. Usted siga encargándose del caso, pero ahora con otra idea. Quiero, además, que intente averiguar si verdaderamente es ella la mujer que se entrevistó con Elsa Homes minutes antes de que asesinaran a esta última—. Le miró fijamente y preguntó con un deje de ironía en la voz—: ¿Cómo anda de amistad con Sarah Marlowe?

Preston soltó una alegre carcajada.

—Hasta unos límites tan insospechados que me hacen sospechar de ella, agente. ¿Por qué?

—Podría invitarla cualquier noche a cenar por ahí. Podría llevarla a un lugar, donde previamente estuviera la azafata del “Constellation”. Ella podría ponerse anteriormente de acuerdo con usted, y decirle después si ella era la dama que llevaba el “bolso rojo” en el aeropuerto de La Guardia.

—¿Cree que fue Sarah la que asesinó a Elsa Homes, míster, Britten?

—No. No lo creo, aunque sí está complicada en un mal asunto. Debió presentarse a la policía apenas leyó en el periódico lo ocurrido. Se hubiera y nos hubiera evitado muchas pesquisas.

—Y si resulta que Sarah Marlowe es “la dama del bolso rojo”, ¿qué piensa hacer?

—Detenerla para que nos explique lo ocurrido.

—¿De lo contrario?

Britten dedicó a Preston otra de sus sonrisas.

—Eso lo reservaremos para más adelante. Los siguientes acontecimientos nos dirán, indudablemente, cómo tenemos que actuar.

Se puso en pie, y Preston le imitó.

Fue entonces cuando soltó la pregunta que le estaba quemando la lengua desde que el federal le pidió su colaboración.

—¿Qué contenía o contiene ese paquete, míster Britten?

El agente especial no contestó al pronto. Cuando lo hizo, su semblante estaba serio, y su boca había perdido toda sonrisa.

—Sé, casi estoy seguro de que más pronto o más tarde se enterará de ello, míster Preston, pero ahora, perdone, de momento no estoy autorizado a decirlo.

Preston sonrió, y fue detrás de él hasta la puerta que separaba su despacho del de Mirta. La alcanzaban ya, cuando el federal se volvió

para mirarle intensamente.

—Una nueva pregunta y termino, míster Preston —dijo—. Le ruego que tenga cuidado con la respuesta. ¿Qué sabe de una mujer llamada Ming?

Preston soltó un respingo y ahora miró con mayor respeto al federal.

CAPÍTULO VI

Siguió un extraño silencio entre los dos, que rompió el propio Preston al preguntar a su vez:

—¿Cómo está enterado de eso?

—No estoy enterado de nada más, que de tener la completa seguridad de que esa mujer existe. ¿Por qué?

Preston explicó entonces todo lo ocurrido la noche anterior.

El hombre del F. B. I. quedó pensativo unos segundos. Luego exclamó, más para sí que para su interlocutor:

—Eso lo explica, sino todo, sí algunas cosas —miró fijamente a Preston y dijo—: Ahí tiene otra pista, y esa tal vez más interesante aún que la de Sarah Marlowe. Ming Callender trabaja en el "Águila Negra", Es un club nocturno de primera categoría, instalado en el número 5.009 de la Avenida Michigan. Vaya a verla bailar. Merece la pena hacerlo. Pero tenga cuidado, sí, como me ha dicho, la dama tiene preferencia por las armas alemanas sujetas por el cañón. Tenga cuidado no vaya a ocurrir que la próxima vez se le ocurra empuñarla por la culata, lo que sería más peligroso para usted.

Salió dejando a Preston con la palabra en la boca. Dé pasada miró a Mirta y a lo que dejaba al descubierto por debajo de la mesita donde tenía la máquina de escribir y se acercó a ella. Con la mejor de sus sonrisas preguntó:

—¿Dónde podríamos vernos cualquier noche, ricura?

Mirta guiñó un ojo de manera picaresca.

—Le citaré cuando mi prometido míster Dick Preston salga a pasear con esa lagarta de Sarah Marlowe, y obedeciendo órdenes de usted, federal.

El agente secreto rio, al darse cuenta de que ella, por un procedimiento que adivinaba, había estado pendiente de toda la conversación sostenida dentro del despacho privado de Preston.

—Está bien, hermosa —dijo—. Usted gana.

Atravesó la estancia, se volvió desde la puerta para saludarla con la mejor de sus sonrisas, y salió definitivamente.

Seguidamente, Mirta se puso en pie, y fue al despacho donde Preston se encontraba, bebiendo directamente de una achatada botella.

—Debías de haber mandado al cuerno a ese federal, Dick —dijo sin más preámbulos—. Cada vez me gusta menos este asunto. Tengo miedo por ti, querido. Sería una pena que ahora que nos vamos a casar, me

quedara viuda antes de tiempo.

—Si esto sucediera, no quedarías desamparada, Mirta. Tengo un seguro de vida a favor tuyo. Lo hice la primera vez que te besé.

—¡Dick!

Se le colgó del cuello, besándole, y como cosa natural y lógica, Preston perdió una vez más la cabeza.

Después, al separarse, ella preguntó:

—¿Vas a llevarme a ver a esa dama aficionada a repartir culatazos, querido?

—¿Quieres decir a Ming...?

—Eres un tipo listo, Dick. ¡Eso es precisamente lo que quiero decir!

—De acuerdo. Puedes esperarme allí, ya que antes tengo algo que hacer.

Y ella le miró inquieta cuando del cajón central de la mesa del despacho sacó la funda con las correas, y la "Luger" que le había dado, entre la gente del hampa, el apodo que ostentaba.

Pero Mirta calló. Sin dejar de mirarle esperó a que se colocara las correas y la funda, y luego le ayudó ponerse la chaqueta.

—¿Dónde me recogerás? —preguntó.

—No lo sé, ricura.

—¡Dick! Pero si has dicho que...

—Ya lo sé —atajó él—. Y como no lo sé, será mejor que me esperes en el interior del "Águila Negra", ricura. De una forma u otra iré a recogerte. Entretanto, puedes mirar de conseguir alguna conquista para que te pague la consumición.

Mirta soltó la carcajada. Otra se hubiera enfadado, pero ella no. Mirándole entre picara y burlona espetó:

—Le telefonearé a míster Al Britten. Es un guapo mozo, querido.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! Nada. Simplemente que me preguntó cuándo podríamos vernos y se lo dije.

—¿Si? ¿Y cuándo, si puede saberse?

—Tan pronto tú salgas de paseo con esa prójima de Sarah Marlowe, querido.

Preston salió del despacho riendo.

En la calle buscó con la mirada un taxi. Iba a hacer señas para detener uno, cuando una voz que resonó a su izquierda le hizo desistir de ello:

—¿Dónde quiere que le lleve, míster Preston? ¿O prefieres que te tutee y te llame Dick a secas?

Se volvió, sabiendo ya de quién se trataba.

Sarah Marlowe, enfundada en un traje blanco, con guantes hasta el

codo, y un precioso sombrero, que apenas si ocultaba sus rebeldes rizos rubios, le miraba sonriente desde el interior de un “Mercedes” deportivo, modelo 1960.

Por unos segundos estuvo tentado de rehusar, pero se dio cuenta a tiempo de que aquello era una grosería.

Avanzó lentamente hacia el automóvil y subió a él. Apenas si lo hubo hecho la abarcó por la cintura y la besó.

—Eres... Eres odioso, Dick.

Pero el caso fue que ella correspondió con fuego a la caricia. Luego arrancó mientras preguntaba nuevamente:

—¿Dónde te llevo?

—Al aeropuerto.

Y al punto se dio cuenta de que ella le miraba inquisitiva a través del espejo retrovisor.

—¿Te ausentas de Chicago?

—No, cariño. Voy a efectuar unas diligencias.

Calló, arrellanándose contra el asiento. Pero Sarah no estaba conforme con aquella breve explicación.

Preguntó:

—¿Diligencia relacionada con nuestro asunto, Dick?

Preston tampoco estaba dispuesto a decir nada. Por lo tanto, contestó lo más suavemente que pudo:

—No. Es un asunto bien diferente, querida.

—¿No puedes decírmelo?

Preston rio quedamente.

—No, dulzura. Es secreto profesional.

C ron durante un buen rato. Repentinamente ella hizo una nueva pregunta:

—¿Se trata de algún asunto relacionado con la visita que has tenido esta mañana, Dick?

Durante unos cuantos segundos, Preston estuvo a punto de traicionarse, debido a la sorpresa que experimentó. Luego, sereno del todo preguntó, haciendo el distraído:

—¿Cómo sabes tú que he tenido una visita, nena?

—¡Oh! De la manera más sencilla del mundo, querido. Una vez me dejaste, y después de arreglarme, salí a la calle. Deambulé con el “Mercedes” por espacio de algún tiempo, y como no tenía nada que hacer, telefoneé a tu apartamento. Me fue fácil, mediante la guía, saber el número de tu teléfono particular. Viendo que no estabas, sospeché que te encontrabas en la oficina. Fui, y ese hombre se adelantó entrando en ella primero que yo. Esperé en la calle. Iba a subir cuando saliste tú. ¿Hay algo de malo en ello?

Preston no supo qué contestar. La historia podía ser verdad o no serlo, dependía de varios factores. Entonces volvió a preguntarse lo mismo que se preguntó ya otra vez. “¿Dónde estaba la verdad y la mentira en ella?”.

Tal vez Mirta, con su intuición, podría adivinarlo, pero él, se sentía incapaz de ello.

Su silencio fue su respuesta y el “Mercedes” siguió rodando hacia el aeropuerto.

Fue Sarah la que habló primero nada más llegar.

—Esperaré fuera, querido —dijo—. En ese bar.

Preston asintió con un mudo gesto de cabeza, la ayudó a descender, y luego, en pie, en la acera, miró cómo ella, sin volver la cabeza, se encaminaba a dónde había dicho.

De regreso, media hora más tarde, sabiendo ya unas cuantas cosas más, bastante importantes por cierto, Preston la encontró encaramada en un alto taburete, mostrando pródigamente sus rodillas y la esbeltez de su figura.

Se acomodó junto a ella y pidió un “Manhattan”, que le fue servido en el acto.

Bebió un poco. Mientras lo hacía, Sarah preguntó:

—¿Averiguaste algo, querido?

—Sí, Sarah —replicó. Averigüé bastante. Entre otras cosas, que tú fuiste una de las diez mujeres que el martes pasado tomó pasaje en el avión de Nueva York a Chicago. Una coincidencia, que no va a gustarle a la policía.

Ante aquel ataque tan directo, giró el rostro hacia él, mirándole rectamente a los ojos. Intentó una sonrisa.

—Pero, Dick —replicó—. ¿Es que sospechas de mí? ¿Orees que yo puedo ser “la dama del bolso rojo”?

—Todo cabe en lo posible, querida. Si es así, quiero que me digas la verdad. Conozco a muchos miembros de la policía y a otros pocos del F. B. I. Si estás asustada por algo, dilo, y la policía te protegerá. Si por el contrario, eres lo que has dicho, una amiga desinteresada, llévame dónde está ella. Es el camino más corto, ya que, tarde o temprano lo sabré. En el bolsillo llevo una lista con el nombre de las diez mujeres que tomaron el avión en Nueva York para venir a Chicago. Cualquiera de ellas, incluso tú misma, puede ser esa “dama del bolso rojo”. Será cuestión de tiempo investigar quién es, ya que en la lista tengo también las direcciones. ¿Qué contestas, Sarah? Comprendo que no te guste un asunto de espionaje donde la muerte está a la vuelta de la esquina. Comprendo también que te encuentres asustada, incluso aterrorizada, pensando en que de un momento a otro puedan matarte, pero debes

tener confianza en mí. ¿Qué? ¿Te decides?

Ella pareció sopesar todas y cada una de las palabras de aquel largo sermón. Luego se retorció las manos nerviosamente.

—No puedo decirte nada, Dick —replicó tercamente—. No es asunto mío —hizo una pausa y agregó pensativa—: No obstante, te prometo hablar con mi amiga. Esta noche sabrás la contestación.

—Para esta noche tengo una cita importante en el "Águila Negra", ricura.

—Sé dónde está ese club, Dick. Allí te daré la contestación. Si no voy personalmente, telefonearé.

Se miraron de nuevo; a los ojos, como si no se hubieran visto nunca. Fue Preston quien rompió el nuevo silencio.

—¿Nada más, ricura?

—Nada más, Dick.

—De acuerdo, tú ganas. Pero mira bien esto, Sarah. Si esta noche, antes de las doce, no he tenido noticias tuyas, que confirmen mis sospechas, no tendré más remedio que poner este asunto en manos del F. B. I., y que los federales se las entiendan contigo, tanto si eres "la dama del bolso rojo" como si eres lo que verdaderamente dices.

Sarah le miró fijamente.

—¿Quieres decir que te desentenderás de esto?

—Así es, querida.

Terminó el "Manhattan" sin que ella replicara. Pero una vez terminado, Sarah preguntó:

—¿He de llevarte a algún sitio, querido?

—Si. A mi apartamento. Estoy cansado y deseo dormir. Eso es todo.

Pero no lo era.

Ella, silenciosa y pensativa le llevó.

CAPÍTULO VII

Una vez en su apartamento, Preston no se acostó. No podía permitirse aquel lujo por el momento.

Permaneció en la ventana, detrás de los cortinajes, con la mirada perdida en la calle, observando.

No se fiaba de Sarah Marlowe. No se fiaba, y en esto con razón, de Ming Callender. No se fiaba de Mirta. Y si seguía así, acabaría por no fiarse de él mismo.

Preston acabó por apartarse de la ventana al cabo de un largo rato. Entonces salió de nuevo a la calle, miró a todos lados, tomó un taxi y se hizo conducir a un restaurante.

En él permaneció más de hora y media, al cabo de la cual consultó el reloj. Las tres de la tarde.

La bella y pelirroja azafata del "Constellation" llegaría al aeropuerto de Chicago a las seis treinta y dos minutos de la tarde.

Tenía que ir a esperarla. Tenía forzosamente que hablar con ella. Ponerse de acuerdo en lo tocante a Sarah Marlowe, tal y como había dicho Al Britten del F. B. I.

Toda una idea. Una idea que más tarde o más temprano se le hubiera ocurrido a él también. Si el agente especial había caído en ella, era debido al mucho tiempo que llevaba en aquel asunto.

¿Qué diablos contenía aquel paquete? ¿Quién era en realidad "la dama del bolso rojo"? ¿Sarah?

¿Y Ming Callender, qué papel jugaba en todo aquello? ¿Por qué habían capturado a él y no a Sarah?

Las tres de la tarde. Más de tres horas y media aún.

Preston se levantó y abandonó el restaurante. Después, en una cabina telefónica marcó el número de su despacho. Mirta, al otro extremo del hilo le dijo que no había nada de particular.

Al Britten, del F. B. I., no había telefoneado para nada Por lo visto, el agente especial, después de hablar con él, se había desentendido de su persona, sabiendo que si sucedía algo inusitado, él se pondría inmediatamente en contacto con su departamento.

Colgó sonriendo.

El F. B. I. tenía muchos métodos para salir airoso de un lío como aquel, pero a él le dejaba las manos libres para actuar como quisiera.

Preston sabía por qué.

El F. B. I., con todos sus métodos, indudablemente no podría hacer

ni comportarse en modo alguno como se comportaría un detective privado, al que no le importase mucho ni la ética profesional, ni los métodos que tuviera que emplear, aunque si de bordear la Ley se tratara.

Deambuló de un lado para otro, sin dejar de pensar, y eran las seis y veinte minutos cuando tomó un taxi dando la dirección del aeropuerto central de Chicago.

Pero Preston no llegó a él.

Repentinamente, al doblar una esquina, un “Pontiac” se echó encima del taxi a toda velocidad.

El encontronazo fue terrible para el taxi, que, cogido de través, se volcó contra la acera opuesta, mientras los cristales estallaban en mil pedazos.

Ambos automóviles quedaron incrustados el uno contra el otro. Preston se tapó el rostro con las manos, pero no pudo evitar darse un fuerte golpe en la cabeza que le privó del sentido.

Por eso no pudo ver cómo los dos ocupantes del “Pontiac” se daban a la fuga, mucho antes de que hiciera acto de presencia, el primer representante de la Ley.

Tampoco pudo ver cómo el taxista yacía muerto sobre el volante, de resultas del violento golpe que se dio contra el volante.

Cuando recobró el conocimiento, se encontró en una clínica de urgencia. Y cuando salió de allí, después de un pequeño interrogatorio por parte de la policía, ya era demasiado tarde para ir al aeropuerto.

En la calle, Preston consultó la lista que llevaba en el bolsillo. Tomó el “metro” y se apeó en Arlington Place, dos cuadras antes de llegar a la casa en que vivía, Hellen Mulligan, la pelirroja azafata del vuelo 508, que fue como el F. B. I. denominó el vuelo efectuado desde Nueva York hasta Chicago por la misteriosa “dama del bolso rojo”.

Eran las ocho de la noche cuando entró en el ascensor para dirigirse directamente al onceavo piso, donde ella tenía su apartamento.

⋆ ⋆ ⋆

Hellen Mulligan; un portento de mujer, pelirroja. Una hermosura donde las hubiera.

Esperó con la sonrisa en la boca a que el último de los pasajeros descendiera a tierra y luego se encaminó a las oficinas de control de vuelos.

Dio su informe, entregó las listas de pasajeros, se despidió de los pilotos y salió a la calle.

Respiró satisfecha. Aquel había sido un vuelo normal. No había

habido otra nueva mujer llevando un bolso rojo. No había sido interrogada por la policía.

Hellen sonrió ante aquel pensamiento.

La policía no se había comportado mal cuando la interrogó sobre el vuelo 508. No tenía por qué hacerlo. Se había limitado a preguntar si había visto a una mujer con un bolso rojo que tomó el avión en Nueva York.

Dijo que sí, y se la hicieron describir. Después le preguntaron si la reconocería de volverla a ver. Afirmó de nuevo, y se despidieron de ella diciendo que tal vez la tuvieran que interrogar de nuevo.

Hellen tomó un taxi y se hizo conducir a su apartamento.

Subió utilizando el ascensor, introdujo el llavín en la cerradura y entró yendo directamente al cuarto de baño, donde se desvistió para ducharse.

Terminada la ducha, a medio vestir, Hellen se acercó al *living.* Sacó del mueble bar una botella de licor y se sirvió una copa.

Bebió lentamente. Ahora, después de aquello, pasaría a la cocina para hacerse algo de cenar, luego se acostaría. Al día siguiente iría a divertirse un poco por ahí era su día libre.

Al soltar la copa encima de la mesa de estar, Hellen oyó un tenue frufrú a su espalda.

Se volvió en redondo con los ojos agrandados, tanto por el espanto como por la sorpresa. Pero se tranquilizó al punto, porque la persona que tenía frente a ella era una mujer.

—Buenas noches, querida.

Hellen la miró.

Era muy hermosa. Una dama. Una verdadera dama. Sus ropas, su acento al dar las buenas noches lo denotaba así.

—Buenas noches —replicó con entera naturalidad. Luego, cayó en la cuenta de algo y soltó un respingo. Preguntó exactamente lo que estaba pensando—: ¿Cómo ha entrado aquí?

La otra enseñó su blanca dentadura en una sonrisa.

—Eso no hace al caso ahora, querida. He entrado por la puerta, y para hacerle unas cuantas preguntas.

Por toda respuesta, Hellen dio un paso hacia el teléfono. Puso la mano sobre el auricular, pero no llegó a levantarlo.

—Yo, de usted, no haría eso, *miss* Mulligan. Podría significar su muerte.

Hellen tuvo miedo ahora. Tanto por las palabras de la desconocida, como por la automática que ahora empuñaba, y que le estaba apuntando al pecho.

—¿Qué... qué quiere de mí? ¿Quién es usted?

La otra ignoró la pregunta.

—He venido para hablarle de un bolso rojo, querida. Tengo entendido que usted es la azafata que efectuó el vuelo 508 desde Nueva York a Chicago. Quiero que me diga dónde está ese bolso.

—¿Por qué he de saberlo yo? Cierto que vi a la dama que lo llevaba y la reconocería si la volviera a ver. Pero no sé nada más. La vi descender del avión en cuanto tomamos tierra en Chicago, y ni siquiera me fijé en dónde dejó el bolso, si es que no lo llevaba consigo.

—¿Eso es todo cuanto tiene que decirme?

—Todo. Cómo ve es bien poco. ¿Por qué no guarda ese chisme? Me está asustando.

La otra no hizo caso.

—Entonces, ¿reconocería a la mujer que llevaba el bolso?

—Si.

La mujer sonrió de extraña manera.

—¿Qué versión dio a la policía cuando la interrogaron?

—La misma que a usted. Pero, ¿qué diablos se ha creído? ¿Quién es usted para interrogarme también?

—Eso no le importa, querida —volvió a sonreír—. ¿Por qué no me dice dónde está ese bolso, muchacha?

—Porque no lo sé. De saberlo, a estas horas ya lo sabría la policía.

—¿Conoce a un tal Dick "Luger" Preston?

—No. ¿Quién es?

—No importa, querida. ¿Y a Al Britten?

—Tampoco. Pero...

La otra le atajó con un gesto.

—Lo siento —dijo—. Veo que he cometido una estupidez en venir a verla. Y lo siento por usted, porque no quiero que esto lo sepa la policía.

—¿Qué es lo que no debo decir a la policía?

Hellen, después de preguntar comprendió el verdadero significado de las palabras de la mujer. Abrió los ojos con espanto mientras la enigmática visitante replicaba:

—Mi visita, querida. Al parecer, usted tiene el don de reconocer los rostros de las personas, y no quiero que reconozca el mío. No tengo más remedio que eliminarla.

Retrocedió hasta la puerta del *living*. Como fascinada, Hellen, miró aquellos ojos fríos e implacables. Un escalofrío la recorrió por entero.

—¡No! ¡Usted no puede hacer eso! ¡Yo no diré nada! ¡Nooo...!

Fue lo último que dijo. La mujer apretó el disparador, y en la tersa y bonita frente de la azafata se plasmó un negro y redondo agujerito.

Mientras caía, sin un solo gemido, la otra disparó un par de veces

más.

Luego salió a la escalera, cerró la puerta del *living* con la ganzúa que llevaba en el bolso y salió a la calle. Unos minutos más tarde, un hermoso automóvil último modelo la alejaba de allí.

Eran las siete y treinta minutos de la tarde.

A las ocho y tres minutos exactamente, Preston pulsaba el timbre de la puerta con resultado negativo.

Lo hizo una y otra vez con terquedad casi infantil. Luego se acercó al ascensor, pulsó el botón de llamada y descendió a la planta baja. Pasó por delante del portero sin decir una palabra, y en la primera cabina telefónica que le vino al paso marcó el número del F. B. I.

A la pregunta del hombre que manejaba la centralita, Preston replicó:

—Deseo hablar con el agente especial Britten. Dígale que le llama Dick Preston.

—Espere un momento, voy a ver si está.

El momento fueron seis largos minutos, al cabo de los cuales, Preston oyó la voz del agente especial.

—Hola, Preston. ¿Qué ocurre de nuevo?

—No lo sé aún —replicó—. Pero acabo de subir al apartamento de Hellen Mulligan, la azafata del vuelo 508, y nadie contesta a mí llamada.

—¿Qué hay de extraño en ello, Preston? Tal vez la chica no ha llegado aún. Tal vez se entretuvo con el novio.

—Puede ser. Pero no estoy tranquilo. Por qué no viene por aquí y forzamos la entrada.

Al otro lado de la línea, Britten soltó un rotundo taco.

—¿Qué diablos de ideas se cuecen bajo su sombrero, Preston? ¿Le dan muy a menudo?

—Escuche, Britten. ¿Si usted tiene la intención de ir a esperar a cierta persona al aeropuerto, a la hora que termina su vuelo, y repentinamente un automóvil tropieza con el taxi que le conduce, volcándolo, matando al taxista a causa del encontronazo, y los ocupantes del susodicho automóvil se dan a la fuga, y cuando dos horas más tarde va al apartamento de dicha persona, llama y no responden, qué pensaría?

—¡Cuernos, Preston! ¿Por qué no empezó por ahí? ¿Desde dónde me llama?

Preston se lo dijo.

—No se mueva y espéreme. Dentro de diez minutos estoy ahí.

Tardó diez en llegar.

Sin preguntar nada, Britten se encaró con Preston.

—Vamos —dijo.

Fueron. Y al llegar, Britten mostró la chapa al portero.

—F. B. I. —dijo secamente—. Deme la llave maestra del apartamento de *miss* Hellen Mulligan.

El portero le miró, evidentemente asombrado, y luego le tendió un manojo de llaves. Señaló una diciendo:

—Esta es la del apartamento de *miss* Mulligan agente. ¿Necesita que le acompañe?

—No. Prefiero que se quede aquí esperando.

—Como usted mande.

Subieron rápidamente, y Britten abrió la puerta. Encendió las luces. Luego se acercó a la cerrada puerta del *living.* La abrió tanteando con la mano junto al marco.

Al fin dio con el interruptor y encendió la luz.

No hizo falta más. Hellen Mulligan estaba allí, caída sobre la alfombra con un balazo en medio de la frente, y tres más en el pecho.

El federal se acercó para examinarla. Después se volvió para encarar a Preston, que estaba inmediatamente detrás suyo.

—¿Qué opina de esto, Preston? —preguntó.

La respuesta no se hizo esperar.

—Alguien vino a verla por algo relacionado con el bolso rojo y ese condenado paquete, Britten. Alguien que después la mató, para que ella no dijera a la policía el nombre de su visitante, o en todo caso, su descripción. Apuesto que por eso mismo me salieron al paso. Para evitar que fuera yo el primero en hablar con ella.

Britten le miró largamente.

—Esa es también mi opinión, Preston —dijo—. Cómo ve, esa gente no se detiene ante nada.

—Sí, ya lo he visto. Lo sabía también desde mucho antes de hacerme cargo del asunto.

—Y sabiéndolo, viendo ahora esto, porque esto ha sido ni más ni menos que un crimen brutalmente innecesario, Preston; ¿piensa seguir colaborando? ¿No tiene miedo a ser la próxima víctima?

Preston esbozó una enigmática sonrisa que no pasó desapercibida para el federal. Después replicó:

—Nada de eso, Britten. Mi idea es muy distinta. Y apuesto que, por el momento, mi vida no corre peligro alguno.

El federal le miró con asombro. Le chocaba aquella afirmación que no esperaba.

—Veamos, ¿qué nueva idea es esa? —inquirió.

Preston sonrió tenuemente. Luego quedó serio mirando el cadáver y replicó:

—Por ahora permita que me calle, Britten.

—¿Secreto profesional? —inquirió el federal burlonamente.

—Tanto como eso no. Pero si resulta, se lo diré a usted.

El semblante serio de Preston le hizo preguntar nuevamente:

—¿No puede adelantarme nada, Preston?

—Solo una cosa, que esta noche voy a ir al “Águila Negra”. Deseo ver a Ming Callender en su propia salsa.

El ceño de Britten se frunció con una profunda arruga.

Con gesto pensativo miró a Preston.

—¿Sabe quién es Richard Catelmole?

—Claro. El dueño de ese club, Britten.

—Tenga cuidado con él, Preston. Es un mal sujeto. El F.B.I. le viene vigilando desde hace tiempo. Puede que...

—Comprendo. Ustedes creen que ya que la Callender trabaja allí, es muy posible que él esté metido hasta los huesos en el asunto de espionaje, ¿no? —interrumpió Preston.

Britten no replicó. A Preston no le hizo falta que lo hiciera. Sabía que estaba en lo cierto. Pero no todo lo cierto que creía.

Ming Callender podía ser el eslabón que necesitaba el F.B.I. para detener a Richard Catelmole.

CAPÍTULO VIII

Repentinamente Britten se acercó al teléfono. Lo descolgó.

Adivinando, Preston hizo una seña y el federal lo miró antes de empezar a marcar.

—Yo me voy. No deseo presenciar esto. Por otra parte, se me haría demasiado tarde y hay una dama esperando.

—¿Su secretaria?

Preston asintió con un mudo gesto de cabeza y el federal añadió:

—Procure divertirse, y no se meta en nada esta noche. Esa gente no vacilaría en matarla también, si sospecharan de ella en lo más mínimo.

—No tengo temor alguno por ella, Britten —afirmó Preston—. Si no estoy equivocado, la vida de Mirta y la mía no corren el más leve peligro por el momento.

El federal dio el estallido.

—¿Quiere decirme de una vez cómo diablos lo sabe y cuál es esa idea que le bulle bajo el sombrero?

Preston no replicó. Lanzó una mirada al cadáver de Hellen Mulligan y retrocedió hacia la puerta.

Si esperaba que el federal dijera o hiciera algo para impedírselo se llevó un chasco, ya que la última visión que tuvo de él, antes de cerrar la puerta a su espalda, fue verle con el teléfono en la mano marcando un número.

Una nube de agentes y la ambulancia no tardarían en llegar.

Preston se metió en un taxi y se hizo conducir al "Águila Negra", mientras allí, el público, selecto en demasía, admiraba una vez más la escultural figura de Ming Callender.

Formidable, maravillosa toda ella, en el centro de la encerada pista, moviéndose al compás de la orquesta, en una exótica danza, y apenas cubierta por unas transparentes gasas.

También había personas que la admiraban por primera vez. Entre estas se encontraba Mirta.

Una Mirta desconocida.

Una Mirta que se había divertido lo indecible, y que ahora, se encontraba un tanto nerviosa ante la tardanza de Preston.

Por diezmillonésima vez miró la puerta en suave penumbra, y también por diezmillonésima vez volvió los ojos hacia la figura felina y hermosa de la exótica Ming.

Terminaba en aquel instante una de sus actuaciones.

Mirta aplaudió con toda su alma, olvidada por completo de que aquella beldad medio china medio americana, podía ser una espía al servicio de una potencia extranjera. Tal vez al servicio de la que gobernaba una parte de su propio país.

Después la siguió con los ojos cuando ella, repartiendo sonrisas a uno y otro lado, empezó a subir la escalera, hacia el piso superior, Donde tenía su camerino.

Ming no volvió ni una sola vez la cabeza, y eso que Richard Catelmole se encontraba en el salón, con sus saltones ojos encandilados con un fuego infernal, mirándola.

Mirándola siempre.

Sin apartar sus ojos de ella ni un solo segundo.

Igual que todos. ¡Cerdos!

Cuando este calificativo acudió a su mente, Ming estaba frente a su camerino. Empujó la puerta y entró, después de dar la luz.

Casi en el acto se detuvo, inmóvil como una hermosa estatua china.

El caso, según ella, si es que en aquel momento era capaz de pensar, no era para menos. Porque, sentado en el sofá, cara a la puerta, con una pierna sobre la otra, se encontraba nada menos que Dick "Luger" Preston, y a juzgar por el olor, fumándose uno de sus cigarrillos turcos.

No tuvo tiempo ni de abrir la boca, ya que Preston, apenas verla dijo:

—Cierra la puerta, hermana. Ahora se han trocado los papeles, y el que quiere hablar contigo soy yo.

Como una autómata, Ming hizo lo que se le decía. Luego avanzó Unos cuantos pasos y se detuvo frente a él.

—¡Salga de aquí, pronto! Salga si no quiere que le echen.

—¿Quién? ¿La policía o tal vez Catelmole? Si es este último, en fin, tanto si es la policía como ese *gangster* disfrazado de persona decente, te pondrás en evidencia, nena. ¿Qué te parece si se me ocurre contarles lo de anoche?

—Nada. No pasará nada, míster Preston. No puede probar nada. Por lo tanto, si lo hace, le denunciaré por difamación.

—Una buena jugada a fe mía, Ming. ¿Por qué no eres una buena chica y te sientas a mí lado? Deseo hablar contigo, sin culatazos en la cabeza.

Se sentó, pero no a su lado, sino frente a él, y extendiendo malignamente frente a sus ojos una de sus maravillosas y desnudas piernas.

Preston ni se dignó mirarla.

—Bien, ¿qué quiere?

—Hablar de cierto bolso rojo, Ming.

El color de los ojos de ella cambió por encanto.

—Lo había supuesto —replicó—. ¿Lo tiene ya? ¿Sabe dónde está?

—Creo saberlo. Por lo tanto, te diré que pienso ir a buscarlo mañana mismo. Si no el bolso, sí el paquete.

Se miraron frente a frente.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Por culpa tuya, Ming. Tú dices que no puedo probar nada. Ahora lo haré. Soy un buen jugador de póker y sé que algunas veces es conveniente enseñarle las cartas al adversario. Yo estoy enseñándote las mías. Voy a hacerte saltar, querida. A ti y al que está detrás tuyo. Mañana saldré para Nueva York en avión. Cuando regrese, traeré ese paquete conmigo.

—¡Sorprendente! ¿Qué más? —replicó Ming con un deje de ironía en la voz.

—Nada más. Es decir, sí. Solo que espero que me salgáis al paso, ricura.

—Eso puede resultar perjudicial para usted, míster Preston. Puede morir antes de llegar.

—¡Qué mujer tan inteligente! ¡Lástima que equivocaras el camino! ¿A qué país sirves, ricura?

Ella le miró largamente con una crispación en su bello y exótico semblante.

—Odio a los capitalistas, míster Preston. Odio a América y a todos los americanos. En la parte de la China donde me crie se habla de igualdad de derechos. De igualdad de...

—Para el carro, ricura. Allí se habla de muchas cosas y ninguna es verdad. La única verdad es que en esa parte de China creéis que solo os gobernáis vosotros, cuando la realidad es muy otra. Que os gobiernan desde fuera y tú sabes que es verdad. Dime, ¿no tienes miedo al F.B.I.?

Ming rio tenuemente.

—Nunca me podrán coger, míster Preston. Solo usted sabe esto y no lo puede probar. De nada sirve que me vigilen. De nada tampoco serviría el que ahora llamara al F.B.I. y les dijera quién soy yo. Negaría en redondo, míster Prescot. Después, un buen abogado lo desbarataría todo.

Preston sabía que era verdad. El F.B.I. también lo sabía. Por eso se limitaba a vigilar, sin intervenir, sabiendo que aquello crearía por sí solo un conflicto internacional.

Por lo tanto no replicó. Se puso en pie, yendo hacia la puerta. Ming no se movió. Su rostro era el de una esfinge. Impasible como un trozo de roca. Desde la misma, Preston se volvió para mirarla.

—Otra pregunta, Ming: ¿Qué fue de la dama del bolso rojo?

—¿Para qué quiere saber eso?

—Tengo una idea y quiero saber si es la verdadera. Contesta por favor.

—Supongo que estará escondida en su casa, míster Preston. Sabe que la estamos buscando con más intensidad que la policía. Solo ella puede decirnos qué hizo con el paquete.

—Yo también puedo decirlo, Ming. No olvides eso, querida.

Salió del camerino cerrando suavemente la puerta a su espalda.

Bajó al salón y lo recorrió con la mirada.

Perdió el resuello al ver a Mirta.

Mirta, que estaba desconsolada por completo.

Una Mirta que no había visto nunca, y a pesar de todo cuanto había entre los dos.

Magnífica, maravillosa. Como una bella porcelana china.

Con su vestido de noche, blanco, muy ceñido de busto. Corto. Hasta la misma rodilla, y dejando por arriba, descubierta la espalda y sus redondos hombros.

Fue hacia ella, en el preciso momento en que Mirta se volvía hacia donde él estaba.

Sonrió.

Preston la enlazó por la cintura y la llevó hasta el centro de la pista de baile.

Durante unos cuantos minutos ambos bailaron en el más completo silencio. Después Mirta lo rompió al preguntar:

—¿Por dónde has entrado? Por la puerta principal seguro que no.

—Penetré por la trasera.

Mirta achicó los ojos.

—¿Dificultades?

Preston se encogió de hombros.

—¿Por qué había de haberlas, Mirta?

—¡Oh! No sé. Pero me extraña que hayas entrado precisamente por la puerta trasera. ¿Por qué?

—Quería ver a la estrella, en su propio camerino.

—¿Á la Callender?

—Sí, a ella. ¿No hemos venido para eso, querida?

—Sí, pero... ¡Oh, Dick! ¿Qué ha ocurrido?

Sin dejar de llevarla de un lado para otro, al compás de la música, Preston rio fríamente.

No menos fríamente aún replicó:

—He ido a decirle que yo sé dónde está el paquete que busca, y tal vez el bolso rojo. Al preguntarle por la dama que lo llevaba, Ming no ha contestado satisfactoriamente. No al menos cómo yo esperaba que lo

hiciese.

Pero Mirta no le escuchaba. Con ojos de espanto le miraba, como a un aparecido.

—¡Dick! —susurró—. Eso es una locura. Tú no sabes dónde está el paquete. No puedes saberlo. ¿Por qué le has dicho eso a esa mujer?

Preston sonrió alegremente.

—¡Si que lo sé, querida! Precisamente al afirmarlo dije la verdad. Ese condenado paquete solo puede estar en un sitio. Tan sencillo, que hasta un niño de pecho daría con él.

Mirta dejó de bailar en seco. Preston la obligó a seguir.

—Calma, querida —añadió—. No hace falta llamar la atención.

Ella siguió bailando, deslizándose suavemente por la pista, mirándole fijamente. Sin poder creerle del todo, pero sabiendo que sus propias palabras significaban una sentencia de muerte para él mismo.

—¿Dónde está? —preguntó, no sabiendo qué decir.

Preston enseñó de nuevo los dientes en una amplia sonrisa.

—Perdona que no te lo diga por ahora, querida. El saber mucho, algunas veces resulta altamente peligroso.

—Y el ir pregonando por ahí unas cuantas barbaridades, también. ¿Qué idea te dio para ir a contárselo, y precisamente a ella?

—Escúchame con calma, ricura —replicó Preston—. El F.B.I. hace mucho tiempo que anda detrás de ellos, y no se atreve a hacer nada, ya que contribuiría a un conflicto internacional. Al menos sin pruebas que presentar, y hasta la fecha no tiene ninguna. Por eso he ido a ver a Ming. Entre otras cosas, para agradecerle también los golpes que me dio en la cabeza.

—¿Y tú...? ¿Y tú...? ¡Oh, Dick! ¡Eres... eres...! ¡Todavía eres más animal de lo que yo creía! ¿Es que no te das cuenta? Te matarán. Lo harán tan pronto como estén seguros de que es verdad lo que les has dicho. Te obligarán a que se lo digas.

—Por lo menos, eso es lo que espero, ricura —declaró Preston fríamente, lo que motivó que de nuevo ella le mirara como a un ser surgido de otro planeta.

Callaron.

En silencio siguieron deslizándose por la pista, y fue en uno de los giros cuando Mirta acertó a mirar de manera casual a la mesa que ocupaba.

—¡Eh, Dick! —dijo dando un traspié, lo que motivó que este la pisara—. ¡Mira quién tenemos en la mesa!

Preston miró a su vez, y Mirta sintió que sus músculos, duros como el acero, se tensaban bajo su brazo.

Empezaba la fiesta.

Y empezaba mucho más rápidamente de lo que esperaba.

Preston lo pensó en el acto, y luego añadió, dirigiéndose a ella.

—Continúa bailando como si tal cosa, nena.

CAPÍTULO IX

Un individuo de unos cuarenta y cinco años de edad, de porte majestuoso y un tanto altivo, con hebras de plata en las sienes, vistiendo de frac elegantemente, estaba sentado en la mesa que anteriormente ocupara Mirta.

Era casi tan alto como el propio Preston, y poco más o menos tan fuerte como él. Ojos grises, fríos y de penetrante mirar y cabello castaño.

Ojos que ahora tenía fijos en la pareja que continuaba bailando en la pista como si tal cosa.

Pero Richard Catelmole sabía que no era así. Catelmole estaba seguro de que le habían visto.

Con esta seguridad hizo una seña a uno de los *barmans*, que se acercó solícito y con una untuosa sonrisa en los labios.

Catelmole habló con él.

Desde la pista, Preston vio cómo se alejaba, para regresar a los pocos minutos con una botella de champaña y tres copas.

Susurró al oído de Mirta:

—Nuestro anfitrión se prepara para invitarnos, Mirta. Ella sonrió tenuemente.

—Tengo mi automática en el bolso, y este está encima de la silla. ¡Ojalá no lo vea!

—¿Tienes miedo?

—Un poco, Dick. Esa invitación me recuerda una película que vi hace muchos años. “El brindis de la muerte”, se titulaba. Algo que esta noche nos cuadra a los dos.

La música dejó de tocar al terminar el bailable, y Preston, llevándola por la cintura, con una sonrisa indefinible en la boca, se acercó lentamente a la mesa.

Catelmole se puso en pie cuando les vio llegar, llevó su mano derecha al corazón y se inclinó frente a Mirta, saludando:

—Sea bienvenida a este mi humilde tugurio, *miss* Lancaster —miró a Preston y añadió—: Lo mismo digo, míster Preston. Siéntense, ¿quieren? Hoy he decidido que sean mis invitados de honor.

—Crea que me confunde su amabilidad, míster Catelmole.

—¿Por qué dice eso, *miss* Lancaster? Pero, ¿no quiere sentarse?

Mirta miró a Preston, y al punto estuvo de dar un respingo, porque él, sin decir ni media palabra, ya se había sentado, frente a frente de

donde se encontraba el *gangster*.

Mirta le imitó, tomando distraídamente su bolso del respaldo de la silla donde lo había dejado.

Cuando levantó los ojos y miró a los dos hombres, Preston estaba encendiendo un cigarrillo turco, posiblemente de Ming Callender, y Catelmole se dedicaba a descorchar la botella de champaña.

Sirvió a Mirta, luego a Preston y después se sirvió él.

Con la mejor de sus sonrisas levantó la copa burbujeante y brincó:

—Por usted, *miss* Lancaster —dijo.

Mirta le dedicó una sonrisa, que fue tan falsa como el alma de Satanás.

—Por usted, y porque nos diga cuanto antes a qué se debe su melosidad para con nosotros, míster Catelmole.

El *gangster* rio ante la respuesta de ella, y por encima del borde de la copa miró a Preston.

Este, silenciosamente, bebía también.

Vacía ya, la depositó encima de la mesa y miró a Catelmole con los ojos semicerrados. El *gangster* no perdía su amable sonrisa.

También se desprendió de su copa. Al hacerlo, desvió los ojos de Preston y, sin mirarle, dijo:

—Al parecer, su chica tiene prisa, míster Preston. ¿Qué opina si entre los dos le damos gusto?

Preston se encogió de hombros como dando a entender, que poco o nada le interesaba, ni la invitación, ni todo cuanto pudiera decirle.

Al ver su actitud, Catelmole frunció el entrecejo de manera peligrosa.

—¿No tiene nada que decirme, míster Preston? —preguntó.

Por primera vez, el aludido se dignó hablar.

—No sé a qué se refiere, Catelmole. Solo le diré que si es una broma esta invitación, es de muy mal gusto para retener clientes.

La carcajada del *gangster* hizo estremecer a Mirta, que al descuido seguía acariciando el bolso.

—Bien, puestos en ese terreno, míster Preston, debo decirle que será mejor dejar las evasivas a un lado e ir directamente al grano. Lo prefiere así, ¿no?

—Si. Se está haciendo tarde y Mirta está cansada. Ambos estamos deseando irnos. Diga lo que sea, de una vez, lisa y claramente.

—A eso voy, Preston —replicó Catelmole, apeando repentinamente todo tratamiento—. Usted tiene o sabe dónde está algo que yo busco, que necesito, que es de vital importancia para mí. Diga cuál es el precio de su información y le pagaré en el acto.

Preston llenó de nuevo su copa de champaña. Bebió hasta la mitad

de la misma y luego le miró recto a los ojos.

—No hay información, Catelmole —dijo secamente—. El Gobierno de los Estados Unidos también desea la misma información. Por lo tanto, la elección no es dudosa.

Había sorpresa en los ojos del *gangster* cuando encaró a Preston:

—¿Quiere decir que no busca ni un dólar en esto? ¿Quiere decir que, sea cual fuere, rehúsa mi oferta? Entonces, ¿para qué se ha metido en este lío?

Preston rio ante el estupor de Mirta.

—Usted sabe también como yo por qué me metí en este lío, Catelmole —replicó después—. En cuanto a las ofertas que me pueda hacer, mi respuesta es: ¡NO!

Se puso en pie.

El rostro de Catelmole estaba gris, pero no se movió cuando Preston recogió la capa de piel y se la puso a Mirta sobre sus desnudos hombros.

—Vamos, querida —dijo—. Míster Catelmole ha sido muy amable esta noche con nosotros.

Ella le miró sonriente.

—Gracias por la invitación, míster Catelmole —dijo—. No la olvidaré nunca.

—Eso es lo que deseo fervientemente, *miss* Lancaster, que no la olvide —luego hizo una pausa, y cuando los dos empezaban a girar cara a la puerta, agregó—: Y no creo que la olvide, querida.

Preston no hizo caso a sus palabras, pero, bajo su brazo, Mirta se tensó como un manojo de cables de acero.

Avanzaron hacia la salida, pero no llegaron a ella.

Repentinamente, Preston se detuvo crispando los dedos en el brazo de ella.

—Por ahí no podemos salir, ricura —dijo.

Era verdad. En la puerta había dos gorilas. Bien trajeados. Con *smoking*, pero dos gorilas.

Uno a cada lado de la misma. Mirándoles la mar de sonrientes.

Preston obligó a Mirta a dar media vuelta. Catelmole ya no estaba solo. Otros dos hombres estaban con él.

Parados, miraron en torno. Junto a la escalera que conducía al piso superior, dos más. En la barra, al lado del *barman*, otros dos.

—Vamos a bailar, nena —dijo.

Ella levantó sus hermosos ojos hasta él.

—¡Dick! —se enlazó y empezó a bailar al compás de la música—. Dick, tenemos que salir de aquí.

—Ármala, métete con ellos, y te acusarán de escándalo público,

querida. Nos reducirán a la impotencia. Él público, se pondrá a chillar y a correr enloquecido cuando vea la primera pistola. Y es precisamente con eso con lo que cuenta Catelmole. Tan pronto como se organice el tumulto, caerá sobre nosotros. Luego, cuando llegue la policía, dirá que fue una pareja de borrachos, a los que expulsó del local. No harán más indagaciones, y mientras tanto...

—¿Qué piensas hacer entonces, Dick? —preguntó ella interrumpiéndole.

—Bailar, ricura. Simplemente bailar.

—¡Pero, Dick...!

—Bailar, nena. Solo eso podemos hacer por el momento.

Nerviosa, ella no replicó y siguió bailando, mientras procuraba mirar en torno.

Catelmole estaba ahora completamente solo. Los dos *gangsters* que anteriormente estaban con él se encontraban ahora al mismo borde de la pista.

Preston, al verles, se preguntó si sería Catelmole el primero en organizar el tumulto.

Si era así, lo sentía por Mirta. No estaba dispuesto a dejarse coger dentro de aquel elegante club que ahora se había convertido para ellos en la propia boca del lobo.

Tendría que abrirse paso a tiros.

Miró a la muchacha.

Mirta tenía también los ojos perdidos en la multitud de clientes, sin que, al parecer, estos se dieran cuenta de nada.

Una ratonera.

Eso era en aquel momento el “Águila Negra”.

A Preston se le antojó el nombre siniestro.

Miró a la escalera, a la barra. De dos en dos, los *gangsters* continuaban allí.

Acercó más el cuerpo de Mirta contra el suyo. Empezaron a bailar con las mejillas juntas.

Repentinamente él susurró al oído de ella:

—Déjate llevar hacia la escalera, querida. Una vez allí, procura ponerte en forma de que nadie vea lo que estoy haciendo. Me refiero a los clientes del salón. De los otros, lo mismo da. Se darán cuenta enseguida.

Mirta no replicó. Girando de un lado para otro, siguiendo el compás de la alocada música, hizo lo que Preston le mandaba. Pasaron un par de veces cerca de la escalera, continuaron bailando en el centro de la pista, mientras se daban cuenta de que el cerco de *gangsters* se cerraba cada vez más.

El bailable tocaba a su fin.

Preston se decidió. Si la cosa salía mal, mala suerte.

Siguió bailando, conduciendo de nuevo a Mirta hacia la escalera. Llegó al mismo borde de la pista circular. Se detuvo.

—¡Ahora, Mirta!

Ella se soltó de su brazo y se plantó a su espalda, cubriéndole con su cuerpo, de las miradas indiscretas del salón.

Preston saltó fuera de la pista. Los dos *gangsters* se movieron entonces, pero fueron demasiado lentos. La "Luger" salió antes de la funda de la axila.

—Vamos —dijo—. Sed buenos chicos y no os pasará nada. ¡Rápido, hacia la puerta de escape!

Al pronto no se movieron. Permanecieron en silencio con las manos derechas cerca de las solapas.

—Andando, muchachos. Estoy bastante nerviosa, ¿saben? Ese chisme puede dispararse solo.

Volvieron los ojos hacia ella.

Mirta, desde detrás de Preston, les apuntaba con una pequeña automática. Tal como había dicho, estaba nerviosa.

Fue esto mismo, y no las amenazas de las armas, lo que les decidió. Aquella mujer, con los nervios desquiciados, era un peligro. De un momento a otro, sin más ni más, podría disparar.

—Vamos —dijo uno.

Y dio media vuelta seguido de su compañero.

Atravesaron las cortinas.

Una puerta.

Pasaron bajo ella, y Preston la cerró a su espalda.

Un pasillo. Otra puerta. La calle.

Fue al pisar la acera cuando uno de los *gangsters* se volvió para golpear acto seguido a Mirta.

Ella lanzó un gemido y se vino al suelo mientras el otro lanzaba su puño derecho contra Preston.

Este le vio venir, lo blocó con la zurda y lanzó el derecho armado con la automática.

El gorila gimió y se vino al suelo, en tanto que su compañero se lanzaba sobre Mirta.

La muchacha vio venir sobre ella a aquella mole y gritó levantando la automática. Preston se aprestó a intervenir, pero no le dio tiempo, ya que Mirta apretó el gatillo.

La detonación semejó el ladrido de un pequeño perro, pero los efectos fueron fulminantes.

Alcanzado en el centro de la cabeza, el sabueso abrió los brazos en

cruz, lanzó un ronco alarido y cayó como un saco. Mirta tuvo el tiempo justo de apartarse para que no le cayera encima.

Casi al instante, sintió en su brazo la fuerte presión de los dedos de Preston.

—Vámonos de aquí, ricura. Catelmole no tardará en lanzar a sus perros contra nosotros.

Tiró de ella y ambos empezaron a correr por la desierta acera, en busca de los automóviles que había aparcados por los alrededores. Tal vez hubiera uno con las llaves puestas.

Una voz de mujer, saliendo de sus espaldas, les hizo detenerse en seco.

—¡No corran, Dick! ¡Suban aquí, pronto!

CAPÍTULO X

Mirta lanzó una exclamación y se volvió conjuntamente con Preston.

Se quedó de piedra, porque frente a ella, sonriendo, vestida de blanco, se encontraba Sarah Marlowe.

Dos o tres yardas más atrás estaba el "Mercedes" con el motor en marcha.

—Vamos, pronto. Suban —apremió—. Esos cerdos no tardarán en salir.

Preston subió detrás de ella. Durante unos segundos permaneció con la portezuela abierta para que Mirta subiera, pero entonces Sarah habló rápidamente.

—Será mejor que ella se esconda por aquí, y luego dé, aviso al F.B.I. Ellos tardarán unos minutos en darse cuenta de que soy yo la que llevo el coche. Son los que necesitamos. Vamos, *miss* Lancaster, ¡decídase!

Mirta vaciló. Miró en torno. Varias sombras se veían en la calle. Podían ser hombres de Catelmole o no serlo. Esto la decidió. Lanzó un beso hacia el "Mercedes", y la última visión que de ella tuvo Preston fue al doblar la esquina, cuando se metía en un portal.

El "Mercedes" pasó rugiendo por delante de la puerta del "Águila Negra".

Hubo unos segundos de indecisión por parte de los *gangsters*, y luego estos corrieron hacia uno de los automóviles aparcados en las cercanías.

—Ahora empieza lo bueno, Dick —musitó ella.

Apretó a fondo y el "Mercedes" saltó hacia adelante como un potro desbocado.

La carrera empezaba.

Una carrera cuyo final podía ser la muerte.

Preston sacó la "Luger" de la funda de la axila, puso la bala en la recámara y miró atrás.

—Nos persiguen, Sarah —dijo innecesariamente.

—Lo sé, Dick.

Él la miró mientras el "Mercedes" doblaba por la siguiente bocacalle a velocidad suicida y sin disminuir la marcha, con lo que los neumáticos gimieron en son de protesta.

Al enderezar el volante, Preston preguntó:

—¿Por qué haces esto, Sarah?

—Para que no me maten. Soy demasiado joven para morir ahora.

Era una respuesta como otra cualquiera.

Pero una respuesta que no decía la verdad.

—Sí, de acuerdo. Pero, ¿por qué?

Ella le lanzó una rápida ojeada. Evitó por escasas pulgadas un enorme camión, y apretó aún más el acelerador.

—Siempre tuve miedo a dejarme llevar por un hombre, Dick —susurró—. Por eso hago esto. Porque a ti no he podido resistirte. Tú lo sabes bien. Ahora no deseo que te maten, así como tampoco deseo que me maten a mí.

—¿Vas a ayudarme ahora?

—Creo que lo estoy haciendo, ¿no?

Preston sonrió, y luego miró de nuevo hacia atrás.

El automóvil perseguidor estaba más cerca. Igual que ellos, había doblado la curva patinando sobre sus ruedas, dando contra el bordillo de la acera y luego enderezando el volante, volar hacia ellos como una negra centella.

—Nos van a dar alcance, Sarah —dijo.

—Espera que salgamos a la carretera, y verás de lo que soy capaz con un volante en las manos.

Preston guardó silencio unos cuantos segundos y luego empezó la conversación en el mismo lugar donde la había dejado antes.

—¿Por qué quieres ayudarme ahora, Sarah?

Ella frunció el ceño.

—Creí que ya te había dado mi respuesta, Dick.

—Tú sabes que no. No al menos la que yo esperaba, ricura.

—Está bien, querido. Te lo diré todo lo claro que deseas. Me he dejado seducir por ti, y ahora he cometido la estupidez de enamorarme. Y no te miento, Dick. Esa es la pura verdad.

Sin mirarla, Preston intuyó que no mentía.

—Esos cerdos nos van a dar alcance, nena —hizo una pausa y agregó—: Sin embargo, tú sabes que no hay remedio para nada. Ni aún en el caso de que Mirta muriera.

—Sí, lo sé —le miró rápidamente y adujo—: ¿No tienes nada que preguntarme, Dick?

—¿Piensas contármelo todo?

—Sí, Dick.

La marcha, por las apenas concurridas avenidas, tomó caracteres alucinantes, pero ningún disparo partió del automóvil perseguidor.

Rápida e inexorablemente, se iban acercando a las afueras. Preston, con la “Luger” en la mano, no dejaba de vigilar en todo momento hacia atrás, dándose cuenta de que, a pesar de la afirmación de Sarah, el

automóvil de los *gangsters* no tardaría en darles alcance.

No le importaba.

Ahora no era como estar al lado de Mirta.

Ahora estaba al lado de Sarah Marlowe. Una hermosa mujer que trató de meterle en un lío… ¡y lo había conseguido!

No le importaba disparar, ni que dispararan contra los dos. Hasta puede que fuera mejor. Al menos para ella.

A pesar de su afirmación de contárselo todo, Sarah callaba. Atenta al volante, no parecía pensar en nada como no fuera en esto mismo.

Preston insistió de nuevo, y tras lanzar otra mirada hacia atrás.

—Nos queda poco tiempo antes de que empiece el baile, ricura —dijo—. ¿Por qué no hablas?

Sarah lanzó un suspiro, Luego, con los ojos clavados en la ruta, empezó a hablar. Lo hizo largo y tendido.

Al terminar, la carretera se deslizaba velozmente por debajo de las ruedas del "Mercedes".

—¿Desde cuándo lo sabes, Dick?

Él se lo dijo y ella sonrió.

Ya no hablaron más.

Preston, con el dedo crispado en torno al gatillo, miraba atrás.

Y dijo lo que ya había dicho un montón de veces.

—Esos cerdos nos van a dar alcance, ricura.

—No puedo dar más gas, Dick. El "Mercedes" ya da todo lo que puede.

Aquello era verdad.

Pero no era menos verdad que los *gangsters* les estaban dando alcance.

Fue en la siguiente recta cuando del automóvil perseguidor surgió el primer disparo.

La bala astilló el cristal trasero y penetró dentro del "Mercedes". Preston masculló una maldición y abandonó el asiento delantero para ir al de atrás, saltando por encima del respaldo.

Metió el cañón de la "Luger" por el astillado cristal y disparó dos veces. Pero la velocidad era mucha, y el hombre que llevaba el volante del "Ferrari" de carreras, modelo 1960, sabía para lo que servía un volante.

Era lo mismo que si estuviera conduciendo borracho, ya que el automóvil iba de izquierda a derecha de la carretera, dando bandazos, expuesto a salirse de la misma en cualquier impensado momento.

Dispararon de nuevo, cada vez más cerca.

Preston oyó claramente el impacto de las dos balas en la carrocería del "Mercedes". Apretó el arma y disparó.

Con satisfacción, vio cómo el cristal delantero del “Ferrari” se astillaba. Iba a repetir el disparo cuando Sarah habló desde el volante.

—Ven a mí lado, Dick. Pronto.

Vaciló unos segundos, y entonces ella repitió la llamada.

Mascullando una imprecación entre dientes, fue a su lado. Una vez juntos, preguntó:

—¿Qué quieres ahora, Sarah?

—Dentro de pocos segundos alcanzaremos una curva en forma de “s”, Dick. Luego viene una recta con un terraplén. Allí les despistaremos.

—¿Cómo?

—Espera y lo verás.

Esperó.

Era la verdad. La curva estaba allí.

Sarah, al tomarla disminuyó notablemente la velocidad. Preston crispó el rostro. ¿Qué se proponía?

Lo supo casi antes de formularse la pregunta, ya que el “Mercedes” alcanzaba en aquel entonces el final de la “s”.

Y lo supo, cuando Sarah, conduciendo con una sola mano, se volvió a él. En la otra había una pesada “Colt” automática calibre 45.

Una 45 cuya bala era capaz de convertirle la cabeza en pulpa.

—Abre la puerta y baja, Dick —dijo con la sonrisa en los labios.

—Pero...

—Haz lo que te digo o te mato.

Lo miró a los ojos. Brillaban. Con la muerte en ellos.

Sin dejar de observarla, Preston accionó la manija de la portezuela y la abrió.

—Vamos, salta.

La orden era perentoria. Sarah mordía las palabras. Sus ojos seguían brillando como los de un felino.

Preston, sin soltar la “Luger”, que por otra parte no le servía para nada, dado que ella le encañonaba, sin perderle de vista con el rabillo del ojo, saltó.

—Adiós, querido.

Esto fue lo último que oyó antes de que su cuerpo rebotara contra la cuneta, y después rodara de un lado para otro, hasta que el tronco de un árbol le detuvo dolorosamente.

Unos segundos después ocurrió todo.

Fue como un relámpago, pero Preston tuvo tiempo más que suficiente para que todo quedara plasmado en sus retinas, tal vez para siempre.

Desde el suelo, vio pasar al “Ferrari” como un bólido negro. Más

allá, cien yardas por delante de él, el "Mercedes" conducido por Sarah, y obedeciendo la mano de esta, se salió de la carretera.

Subió después por el terraplén, y luego, con un golpe de volante digno de un piloto de carreras, volvió el motor hacia Chicago, ya en la carretera.

El *gangster* que conducía el "Ferrari" dobló el volante en un rápido intento por evitar la colisión, pero no pudo lograr nada. El "Mercedes" le embistió de frente cuando iba lanzado a ochenta millas por hora, y el "Ferrari" a más de ciento cincuenta.

Hubo un ruido de hierros rotos, y después una gran llamarada cuando sobrevino la explosión.

Preston se tapó los ojos durante unos segundos, incapaz de resistir por el momento el dantesco espectáculo.

Después se puso en pie y fue acercándose lentamente hacia los dos automóviles siniestrados, que ahora solo eran un montón de chatarra en llamas.

Pero no llegó a ellos. Procedente del frente, vio unos faros. Saltó hacia uno de los arbustos de la cuneta y se tendió en el suelo.

¿Accidente?

Si podía fingirlo. Podía contarlo así.

Como esperaba, el automóvil se detuvo con un violento chirriar de frenos. Vio a un hombre y una mujer, que descendían de él. Luego, ella escondió su rubia cabeza en el hombro del hombre.

Después llegó otro automóvil, luego otro más.

Empezaron a buscar. Cuando le descubrieron, la carretera era un hervidero de gente, con dos policías del tráfico.

Le reanimaron, ya que fingió estar sin sentido, y luego, tal y como esperaba, vinieron las preguntas.

Dijo que era un accidente. Que venía de Glen Ellys en dirección a Chicago, cuando al tomar la curva, su mujer, que era la que llevaba el volante, no pudo evitarla colisión.

De resultas del encontronazo, y como el "Mercedes" tenía la capota bajada, saltó del asiento. Debió de caer sobre algunos arbustos, ya que se encontraba perfectamente bien, aparte de algunas magulladuras sin importancia.

Se comportaron bien con él. Le tomaron su dirección en Glen Ellys, falsa por supuesto, y la de Chicago. En este primer lugar, dio el nombre de un hotel donde pensaba alojarse al llegar.

Permaneció allí hasta que lograron apagar el incendio. Luego registraron el interior de los vehículos. En el "Ferrari" había los restos de tres hombres.

En el "Mercedes"...

Preston no quiso mirar mucho, pero dijo que sí, que aquello era o había sido su mujer.

Empezaron a retirar escombros para dejar expedita la carretera.

Al otro lado de la misma, Preston pensaba.

Pensaba y esperaba.

CAPÍTULO XI

Pero no lo que vino después.

Diez minutos más tarde. Cuando uno de los agentes se acercó a él.

—¿Era de su señora? —preguntó.

Ante sus ojos, Preston tenía un chamuscado bolso rojo.

—Sí —replicó—. Era de ella.

El uniformado policía se lo dio.

Ya camino de Chicago, en uno de los automóviles de la policía, Preston pensó.

Pensó en que pudo haber dicho la verdad, pero no lo hizo. Aquello, tarde o temprano, podía traerle complicaciones. Para ello contaba con Al Britten. El agente especial comprendería las razones que tuvo, que tenía, para mentir. Para seguir mintiendo.

No podía perder tiempo. Si contaba a la policía la verdad de todo, perdería muchas horas. Incluso Britten se presentaría ante él. No tendría más remedio que esperarle, y no debía, no quería hacerlo.

Los métodos de la policía eran lentos cuando se carecía de pruebas contra ciertos individuos. El hacía las cosas más aprisa.

Estaban en Chicago cuando uno de los policías interrumpió sus pensamientos.

—¿Dónde quiere que le dejemos, amigo? —preguntó.

Preston miró por la ventanilla.

—En el cruce con la Avenida Wabash —replicó.

El patrullero detuvo el automóvil en el lugar indicado, y luego encaró a Preston.

—Nos sería de utilidad que no se moviera del hotel que ha dicho, al menos sin avisar. Podemos necesitarle de nuevo con motivo de ese accidente.

—Descuide, agente, que no me moveré.

Empezó a alejarse mientras el coche-patrulla despegaba del bordillo.

Siguió andando, sumido en sus pensamientos, hasta que alcanzó una cabina telefónica.

Entró en ella con el pensamiento puesto en Sarah Marlowe.

En Sarah y en la horrible muerte que había tenido.

En Sarah, que había preferido morir de aquella manera, pero llevándose por delante a los hombres que tenían orden de matarles a los dos. A él y a ella.

Marcó un número.

Mirta no estaba en su apartamento.

Mirta no estaba en parte alguna. No logró encontraría en los sitios que frecuentaba, y eso que perdió más de media hora en ello.

Abandonó la cabina telefónica un tanto preocupado. En la acera consultó su reloj pulsera.

Las tres de la mañana.

¡Cuántas cosas habían ocurrido en tan corto espacio de tiempo!

¿Dónde estaba Mirta?

Con Catelmole, o con Al Britten.

No lo sabía. Tampoco tenía tiempo de averiguarlo con certeza.

Preston dejó de hacer cábalas para llamar a un taxi, que milagrosamente pasó libre y le dio una dirección. Una vez arrellenado centra el asiento miró el bolso rojo. Lo abrió.

Estaba vacío, cosa que ya sabía de antemano.

No obstante lo examinó por todos lados, y luego lo dejó sobre el asiento. Entrecerró los ojos y ya no los abrió hasta llegar al aeropuerto.

Pagó al taxista y lo despidió. Unos segundos después, Preston estaba, hablando con uno de los empleados del aeropuerto.

Esta simple conversación le insinuó lo que tenía que hacer.

¿Esperar?

No. No debía hacerlo en modo alguno.

Alguien podía adelantarse a él.

Decidido ya, Preston se dirigió a la oficina expendedora de billetes. El próximo avión para Nueva York despegaría dentro de quince minutos.

Con el billete en el bolsillo, Preston buscó una cabina telefónica. Después deambuló en torno a ella hasta que el altavoz del campo dio el primer aviso. Entonces entró y marcó un número.

Alguien gruñó algo al otro lado de la línea.

Sin hacer caso, preguntó:

—¿Está el agente especial Al Britten? Le llama Dick Preston.

—No, no está. ¿De veras es usted Preston? Pues venga aquí inmediatamente. Britten lo dejó dicho antes de marchar.

—Nada de eso, amigo —replicó Preston—. Escuche y no me interrumpa. Busque a Britten dondequiera que esté o dígale que vaya a una finca situada en el kilómetro ocho de la carretera 23 Este. Es conveniente que algunos hombres escarben en un macizo de flores que hay bajo tres olmos.

—¡Eh! ¡Oiga!

Colgó.

Salió de la cabina y corrió por la ancha pista hacia el pájaro de hierro que en aquel momento se disponía a despegar.

La sonriente azafata le condujo a su asiento sin decir una palabra. Preston pensó en una pelirroja. En una hermosa y pelirroja azafata, que ahora estaba muerta.

Pensó en “la dama del bolso rojo”. En Mirta, en Catelmole. Y finalmente en Al Britten.

¿Qué juego se traía entre manos el agente federal?

Se encogió de hombros mientras se inclinaba contra el asiento.

Volaban ya. Tan ensimismado iba en sus cosas, que ni siquiera se había dado cuenta del despegue.

Miró a sus compañeros de viaje. Nada sospechoso, pero disimuladamente se pasó la automática de la axila al bolsillo de la americana.

El vuelo continuaba. Se quedó dormido.

Cuando despertó, era completamente de día. Bajo las alas del aparato, los rascacielos de Manhattan. El puerto de Nueva York un poco más allá. Divisó netamente la estatua de la Libertad.

La Quinta Avenida, Brooklyn, Broadway... En fin, todo se fue deslizando ante sus ojos como captado por una cinta cinematográfica.

El aeropuerto de La Guardia. Allí empezó todo.

Después del aterrizaje, Preston abandonó el avión y despaciosamente cruzó las pistas hacia la salida. Pero no fue muy lejos. Esperó junto a un taxi, con el cigarrillo entre los labios.

Poco tiempo. Unos quince o veinte minutos.

La azafata salía ya, con su ropa de calle.

Preston tiró el cigarrillo a medio consumir y se acercó.

Lo primero que vio fue un leve fruncimiento de ceño, y después una sonrisa indefinida. Una sonrisa que no decía nada.

Fue ella la primera en hablar.

—¿Desea algo, míster Preston?

Sonrió. Ella recordaba su nombre. ¡Buena memoria!

—Hablar con usted, *miss*. Es importante. ¿Dónde puedo llevarla a tomar algo? Entretanto hablaremos.

Era hermosa y elegante. Rubia y de silueta escultural. Le estaba mirando sin decidirse.

—¿Para qué quiere hablarme? —preguntó.

Preston se dijo que no conseguiría nada si no decía algo que la convenciera de sus buenas intenciones.

Por lo tanto se metió la mano en la cartera y sacó su tarjeta de identidad. Se la entregó, y ella alargó una mano vacilante. La leyó y se la devolvió.

—Vamos —dijo—. Puede llevarme a la Novena Avenida. Cae cerca de mi domicilio.

Preston la ayudó a subir al taxi, dio la dirección y el automóvil se puso en marcha.

Recorrieron el camino en el más completo silencio, pero ya dentro de un bar, ante sendos “Manhattans” con hielo, Diana Linsay, la azafata, preguntó:

—¿En qué puedo servirle, míster Preston?

—En algo que a usted le parecerá infantil, pero que no lo es. Puede creerme si le digo que tengo sobrados motivos por no haber preguntado en las oficinas del aeropuerto. Por eso la he llamado a usted —hizo una pausa y la miró a los ojos. Entonces añadió—: Estoy investigando algo sobre el vuelo 508, ¿comprende? Supongo que lo habrá leído en los periódicos, ¿no?

—Sí —y su voz era un susurro—. ¿Qué desea saber? —se estremeció—. Yo podía haber sido la azafata asesinada. Si de mí depende el que pueda poner las manos encima de su asesino, cuente conmigo.

Preston sonrió.

—Es solo una pequeña información, *miss* —dijo.

—Pregunte.

—¿Cuántos aviones vienen de Chicago después de este?

—Uno solo. Llegará a La Guardia sobre las tres o tres y media de la tarde. No estoy muy segura de la hora.

Preston consultó su reloj. O él era tonto, o Ming Callender, tal vez el propio Catelmole, mandarían a alguien a Nueva York. Alguien que no tendría más misión que la de cazarle.

Pero cazarle vivo. Después vendría la muerte. Pero no antes de que ellos hubieran averiguado lo que les interesaba.

¿Y si lo sabían ya? ¿Y si por propios procedimientos habían llegado a la conclusión a que había llegado él mismo?

—Escuche, *miss* —dijo—. Sé, porque he sido informado de ello en la oficinas del aeropuerto de Chicago, que el “Constellation” del vuelo 508 despegará esta tarde, sobre las seis y media, de nuevo rumbo a Chicago ¿Conoce usted a la azafata de vuelo? ¿A la que hará ese viaje?

Diana Linsay sonrió ampliamente.

—Creo que está de suerte, míster Preston —replicó—. Conozco a Linda Marthyn. Ocupamos las dos el mismo apartamento. Venga. Ella estará ahora en él.

Se puso en pie después de beberse el “Manhattan”. Estaba excitada. Eso era evidente para Preston, que en el acto la imitó.

De nuevo en la calle, ella le dijo:

—Iremos andando, míster Preston. Está muy cerca. Era verdad. Apenas un cuarto de hora.

Ambos subieron en el ascensor, y ya frente a su apartamento, Diana abrió la puerta y entraron.

Linda Marthyn estaba allí tal y como había dicho Diana. Tendida en el sofá, con un cigarrillo en la mano izquierda, y un vaso de *whisky* en la derecha.

Un portento de mujer.

Algo fantástico que instintivamente le hizo pensar en Mirta. En Mirta y en sus portentosas piernas. En Mirta y en su todo.

Porque Linda Marthyn también tenía de todo aquello, y con extraordinaria profusión.

Se puso en pie, y Preston deseó que alguien le ofreciera algo fuerte para beber, porque Linda se cubría ligeramente y no parecía preocuparse de ello, ya que avanzó al encuentro de los dos, con la sonrisa en sus labios.

—Hola, Diana —saludó—. ¿Qué tal ese vuelo? ¿Un amigo?

Diana lo presentó, y ella le miró con interés después de estrecharle la mano. Luego se sentó en el sofá, se reclinó contra el respaldo, cruzó sus desnudas y hermosas piernas y dijo sencillamente:

—Cuente conmigo, míster Preston. ¿Qué debo hacer?

Preston se lo dijo en contadas palabras.

CAPÍTULO XII

Después los tres se miraron en silencio durante unos breves minutos.

Linda fue la primera en romperlo.

—Lo haré, míster Preston. Creo que si la cosa sale bien, no perderé el empleo. Entonces, ¿usted cree que ese paquete...?

—Estoy casi seguro. Otra cosa no me cabe en la cabeza. Ahora bien, si no es así, este será el fracaso más estrepitoso de mi carrera —atajó Preston—. Ahora las invito a comer a las dos.

Salieron, después de que Linda se arreglara.

Con ropa de calle era un portento, pero Preston se dijo que estaba mucho mejor con la que usaba para estar por casa, si es que aquello se podía llamar así.

Lástima que estuviera Mirta. Lástima también que no tuviera un solo minuto libre. Unas horas en Nueva York le darían una estupenda aventura. Merecía la pena.

Nueva York o Chicago, ya que Linda iba allí.

Pero estaba Mirta.

Fue mientras comían, cuando Diana puso el dedo en la llaga, como vulgarmente se suele decir.

—¿Y si en el "Constellation" viaja alguno de los miembros de esa cuadrilla, míster Preston? Puede ser así. Ellos también pueden sospechar lo mismo que usted.

Era muy posible.

Posible no, seguro. Preston pensaba así.

—Lo resolveré sobre la marcha —replicó.

¿Catelmole? ¿Ming Callender?

¿Cuál de ellos vendría a Nueva York con el avión, que según su reloj y las palabras de Diana, apenas tardaría veinte minutos en aterrizar en La Guardia?

Tal vez ninguno de los dos. Tal vez alguien a quién él no conocía.

Pagó la cuenta al terminar, y luego las acompañó al apartamento de la Novena Avenida. Se despidió en la puerta, y ellas comprendieron que él no quería comprometerlas más.

No había dicho nada, pero ambas suponían que tal vez en aquellos momentos alguien en Nueva York le vendría a la zaga. La radiotelegrafía corría más que el más moderno avión.

Pensando en Sarah Marlowe, y en la horrible muerte que había

escogido, se le fue el resto de las horas, mientras deambulaba de un lado para otro, sin que al parecer nadie le siguiera. Sin que nadie le molestara tampoco.

Un poco decepcionado por esto, Preston se encaminó de nuevo hacia el aeropuerto de La Guardia.

¿Y si estaba equivocado en sus sospechas?

De nuevo en el campo, caminando hacia el moderno "Constellation" a reacción.

Subió por la escalerilla. En la misma puerta estaba Linda. No la saludó, ni ella hizo nada por reconocerle.

Buena chica.

Preston avanzó por el pasillo hacia la butaca que le había sido asignada. Antes de llegar se detuvo, tenso, vigilante, con todos los nervios a punto de estallar.

Porque en la doble butaca, en el lado inmediato donde él se tenía que sentar, estaba Ming Callender. Ming la exótica, Ming la hermosa.

No le había visto. Por unos segundos Preston dudó entre seguir adelante y sentarse al lado de ella, o volverse hacia atrás y decirle a Linda que le cambiara de asiento.

Optó por lo primero. Lo segundo era demostrar miedo. Miedo a una simple mujer.

¿Mujer?

Sí, mujer. Y muy hermosa por cierto. Pero tan peligrosa como un crótalo con el colmillo lleno de veneno.

Lentamente se acercó, y ella encogió un tanto las piernas para dejarle pasar al asiento del lado de la ventanilla. Lo hizo sin mirarle, pero apenas Preston hubo tomado asiento, Ming habló:

—¿Encontró ya el paquete, míster Preston?

—No sé de lo que me estás hablando, ricura.

—¿No? Pues yo hubiera jurado que sí que lo sabía.

Había sangrienta burla en las palabras de ella. Preston lo captó en toda su intensidad, pero no replicó.

Pasado un rato miró en torno, mientras los turbo-reactores intensificaban el zumbido de sus turbinas.



—Ahora empieza lo bueno, Dick

Al punto oyó la risa de Ming.

—No mire, que solo estoy yo en el avión.

¿Se burlaba de nuevo?

Preston comprobó que era verdad la afirmación de Ming.

Fue a replicar, pero en aquel momento Linda pedía por favor que se ajustaran los cinturones de seguridad, pues el avión iniciaba el vuelo.

Preston, mirándola de frente, la ayudó, y ella iluminó su rostro con una sonrisa.

Mientras Preston se ajustaba el suyo, Ming preguntó:

—¿Ayuda siempre así a sus enemigos, míster Preston?

—Sí, cuando son tan hermosos como tú, ricura. Lo que no quita que si puedo, si haces algo que no me guste, llegue a matarte como a un perro.

—Lo sé —musitó ella suavemente—. Sé que lo hará si le doy motivos para ello.

—¿Piensas dármeles?

—No. Al menos eso espero.

El “Constellation” despegaba. Pronto estuvo en el aire. Nueva York, con su estatua de la Libertad, quedó atrás. Pronto el terreno se fue deslizando por debajo a velocidad inconmensurable.

Ming rompió el silencio cuando Preston estaba seguro de que ya no había nada más que hablar, al menos en palabras. El resto lo dirían las armas.

Estaba seguro de ello. Ming, y a pesar de sus palabras, no iba sola a bordo. Alguien más le cubría la espalda. Solo esperaban a que él, si no fallaba en sus cálculos, se hiciera con el paquete.

Se desabrochó el cinturón de seguridad. Ming ya lo había hecho. Y fue justo en este momento cuando habló:

—He leído en Chicago cierto accidente ocurrido entre un “Ferrari” de carreras y un “Mercedes” modelo sport. Creí que también estaría muerto.

—Pues ya has visto que no, encanto.

—La mujer que murió en el mismo era Sarah Marlowe, ¿no?

—Sí, era ella.

Estaban allí, juntos los dos, en la misma butaca, hablando como dos amigos. ¿Hasta cuándo?

—Fue una hermosa muerte por parte de ella. En cierto modo la redimió.

—Ordenaron matarla, ¿no?

—Si. Tenía que morir. Estorbaba, ¿sabe? Por muchas cosas. Cometió dos errores. El segundo fue enamorarse de usted, míster Preston.

—Me pregunto cuánto tiempo tardarás tú en hacerle compañía, Ming —replicó Preston fríamente—. Tal vez antes de que termine este vuelo.

Miró el reloj sin que ella replicara. Se levantó. Ming encogió de nuevo el portento de sus piernas para dejarle pasar.

Lentamente, Preston se encaminó hacia la cola del avión. Linda avanzó hacia él al verle. Ming, por su parte, no se movió, pero sacó un pequeño espejito del bolso, que colocó de manera conveniente para no

perderle de vista, mientras una extraña sonrisa bailoteaba entre sus jugosos labios.

—Escuche, Linda —la voz de Preston era incisiva en extremo—, esa mujer, la que está sentada a mí lado. No deje que entre ahí dentro, por nada del mundo.

—¡Pero, míster Preston, eso va a ser materialmente imposible! ¡Compréndalo!

—Si lo hace, tendré que entrar inmediatamente detrás, y desnudarla incluso en presencia de todos. Quiero que sea usted la que lo comprenda.

—Lo comprendo, míster Preston, y lo siento. A ella puedo decirle cualquier cosa para justificarme. Pero, ¿y a las demás? Cómo ve, van cinco mujeres a bordo. ¿Por qué no lo hace ahora mismo? Sé que esto entraña un peligro para usted, y más cuando nos faltan aún unas cuantas horas para llegar a Chicago. Yo le prometí ayuda, es cierto, pero si esa mujer es uno de ellos, no estará sola a bordo. ¡Decídase, míster Preston!

La miró unos segundos en el más completo silencio. Luego, sin decir nada se encaminó hacia el lavabo de señoras. Entró.

Durante unos segundos permaneció completamente inmóvil mirando en torno. ¿Dónde podía estar escondido aquel paquete? ¿Dónde podía haberlo guardado una mujer aterrorizada como debía de estarlo “la dama del bolso rojo”?

Preston se movió ahora rápidamente. Poco había que registrar allí, pero miró hasta en los sitios más inverosímiles sin encontrar nada.

Con una mueca de decepción en su semblante, dio media vuelta para salir, y entonces vio reflejada su imagen en el espejo.

¡El espejo! ¡Eso era!

Se acercó lleno de excitación. Pasó las manos por detrás. El paquete, pequeño, en extremo pequeño, estaba allí.

Respiró satisfecho. Era suyo. Ahora a dar la última batalla.

Desde el asiento, Ming le vio venir y guardó el espejo en el bolso, no sin antes fijarse si hablaba de nuevo con la azafata.

Vio que no era así, y esperó a que se sentara de nuevo a su lado. Entonces, sonriendo, con el bello y exótico rostro vuelto hacia él, adujo suavemente:

—¿Por qué no me da esos papeles, míster Preston?

Ming sonrió de manera indefinible. Luego estalló:

—¡Es usted un imbécil, Preston! Sé que lo tiene, que lo acaba de coger ahora mismo, y para mí es bastante. ¡Démelos! La única posibilidad que tiene de salir bien de esta es entregándome esos papeles.

Preston rio quedamente.

Ming se volvió a mirarle, y fue entonces cuando reparó en el bulto que Preston tenía en el bolsillo de la chaqueta. Bulto que la encaraba a ella rectamente.

Ming advirtió también que llevaba la mano metida en el bolsillo.

Casi al instante le oyó decir:

—Será mejor que te estés quieta, querida. Pero quieta, hasta que lleguemos a Chicago. Un gesto, un movimiento mal hecho, y te achicharro. Lo que sentiría en el alma, ricura. Tienes una piel que es un encanto. Y ahora, ¿quieres darme lo que guardas en el bolso? Pero con cuidado, nena.

—Sigue siendo un imbécil, Preston. Si me quita la automática, si no me da esos papeles, perderá la única oportunidad de salir con vida de esta. En el aeropuerto de Chicago le están esperando. Le matarán tan pronto como abandone el avión. ¿Qué decide?

—Mi encantadora parlamentaria, saldremos juntos, eso lo juro. Como también juro que a la primera bala que venga en mi dirección, te quemaré uno de los rizos de tu lindo pelo. ¿Quieres enseñarme el bolso?

Ming, con una semiburlona sonrisa en los labios dejó caer su bolso sobre las rodillas de Preston. Bolso que ya estaba abierto.

Entre las cosas que contenía, Preston vio al punto una negra y potente automática "Star" del nueve corto, con un cargador de repuesto. Ambas cosas pasaron a su bolsillo en un santiamén.

—¿Se siente mejor ahora, Preston?

—Confieso que sí —replicó él—. Los felinos me gustan más sin uñas.

Siguió un largo silencio, que lo rompió Linda, al acercarse para preguntar si deseaban algo.

Ming pidió una bebida refrescante, y Preston un café. Café que bebió en silencio.

Luego consultó el reloj. Dentro de veintiún minutos, ya en plena noche, el "Constellation" tomaría tierra en el aeropuerto de Chicago.

Los minutos empezaron a pasar lentos y monótonos. Preston seguía mirando en torno. Nadie, ninguno de los pasajeros del avión se le antojaban sospechosos. Sin embargo, Preston no estaba tranquilo.

Ming, que continuaba silenciosa y mirándole de soslayo, dándose cuenta al mismo tiempo de que él no dejaba de vigilarla, y que aquella automática que Preston tenía en el bolsillo de la chaqueta no dejaba de apuntarla un solo segundo, inquirió:

—¿Nervioso, Preston?

—¿Y a ti qué diablos te importa, dulzura?

Ming se encogió de hombros.

—Confieso que no debía importarme nada, a no ser la muerte que te van a dar por terco —replicó, tuteándole ahora—. Una muerte como la que ha recibido tu prometida, Mirta Lancaster.

Preston juró entre dientes en lo menos una docena de idiomas, y luego miró de frente a Ming.

Por unos segundos ella creyó que la "Luger", escondida en el bolsillo de la chaqueta del detective privado, escupiría fuego y plomo contra ella. Pero no fue así. Preston se serenó casi en el acto.

Con voz fría, carente de todo sentimiento, al menos en apariencia, preguntó:

—¿Cómo ocurrió, Ming?

Las luces de Chicago estaban a la vista cuando ella replicó.

—Mirta Lancaster se ocultó en un portal cuando tú, acompañado de Sarah Marlowe, emprendiste la huida. Algunos "gangsters" la descubrieron segundos después. Se defendió como una valiente. Mató a cinco antes de que acabaran con ella. Yo... yo lo vi desde una de las ventanas del "Águila Negra".

—¿Orden de Catelmole?

—Él es uno de ellos, Dick —replicó ella en un susurro—. Pero hay más. ¿Por qué no dejas de ser un imbécil y me das esos papeles?

—Porque deseo que hagas algo que no me guste para matarte, Ming.

Ella sonrió tenuemente. Preston creyó ver en aquella sonrisa algo de tristeza, y se asombró.

CAPÍTULO XIII

De nuevo sobre Chicago, la tierra bajo el tren de aterrizaje del “Constellation”.

Tomaron tierra.

Preston fue el primero en levantarse, sin dejar de apuntar a Ming a través del bolsillo de la chaqueta.

Ella se puso en pie segundos después. Le miró a los ojos.

—Dame esos papeles, Preston —pidió.

—Y un cuerno, nena. Ahora, lo mejor que puedes hacer es salir por delante. Un solo gesto y...

—Lo sé —replicó ella, interrumpiéndole—. Un solo gesto y me quemarás uno de mis preciosos rizos. Y, sin embargo, ¡cuántas cosas puedo darte a cambio, Dick Preston!

—¿A cambio? ¿Qué?

—Todo, Dick. Todo. Soy de una raza que te haría olvidar en poco tiempo, si me lo propusiera, a cualquier mujer que hayas conocido. Pero, en fin, salgamos. Pero ten cuidado. Tan pronto salgas del aeropuerto, caerán contra ti como aves de presa. Ten cuidado, Preston, o no verás el nacimiento del día.

—Te alegrará, ¿verdad?

Por toda respuesta, Ming empezó a andar hacia la abierta portezuela, procurando no distanciarse mucho de Preston.

¿Era por miedo a que este le pegara un balazo tal y como había prometido?

Preston llegó a la puerta. Fue entonces cuando tuvo tiempo de deslizar unas palabras al oído de Linda. Después empezó a bajar los escalones dejándola con los ojos agrandados por la sorpresa, y con un temblor en toda ella difícil de explicar.

De nuevo la encerada pista. Las puertas encristaladas. Las miradas de los hombres, los ojos relucientes clavados en la exótica figura de Ming Callender. La salida.

Fue antes de llegar cuando Preston la tomó del brazo, arrimado a ella, tanto, que Ming sintió clavarse en su cuerpo el cañón de la automática “Luger”.

Volvió el rostro hacia Preston, encarándole.

—¿Qué...?

—Cierra el pico, preciosa —replicó él—. Escucha, cariño, te vas a quedar aquí, ¿sabes? Voy a salir, pero solo. No quiero cargos de

conciencia.

Ella le miró con los ojos agrandados por la sorpresa.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé, ni diablos me importa, Ming. Pero ya han muerto bastantes mujeres en este asunto—. La miró a los ojos, rasgados, negros y brillantes—. No quiero que salgas conmigo a pesar de saber que eres una asesina, ricura. Tendría que matarte, ¿sabes? —miró el reloj—. Es mejor que te quedes en la sala de espera. Dentro de quince minutos sale un avión para San Francisco. Tómalo y lárgate. Cierto que tendrás que cruzar todo el país, pero una vez, y de nuevo en la costa, ya verás cómo te las arreglas para abandonar los Estados Unidos. No; siquiera con el pensamiento de Mirta, no quiero matarte, muchacha, y tendría que hacerlo apenas poner los pies fuera de este aeropuerto. ¡Lárgate!

La soltó y empezó a alejarse hacia la puerta encristalada. Hacia la muerte.

Ming le miró, muda de sorpresa. Aquello era algo que no lo esperaba. Algo que había echado por tierra todo el cuidadoso plan que elaboró.

Lanzando una imprecación, tal y como si fuera un hombre, emprendió veloz carrera hacia una de las cabinas telefónicas. Una vez en ella, Ming se levantó la ropa hasta la cintura. De una de las ligas sacó una automática “Colt”, calibre 38, puso la bala en la recámara, y después se acercó al teléfono.

Con mano notablemente firme empezó a marcar. Unos segundos después, su voz, fría y tranquila, carente de matices, surcaba el éter en todas direcciones, ya que lo que había dicho fue registrado en cinta magnetofónica.

Pero a pesar de lo lista que era, Ming Callender sufrió de nuevo una equivocación con Preston, porque este no tenía los papeles aquellos. No los llevaba consigo cuando abandonó el aeropuerto central de Chicago.

* * *

La salida.

La aglomeración de público. Los taxis saliendo con los viajeros hacia los diferentes puntos de Chicago.

Preston los miró sin moverse de donde estaba.

Satisfecho. Había dado cima a una misión que se impuso a sí mismo, o que le impuso una hermosa mujer, que le conocía bien, que sabía de su sicología como nadie.

¿Cuántas mujeres habían muerto por su causa?

Sarah Marlowe y Mirta Lancaster, su prometida.

Pero antes habían muerto otras dos. Una mujer en el aeropuerto de La Guardia, allá en Nueva York, y "la dama del bolso rojo" en el mismo Chicago.

¿Ming?

No sabía si había hecho mal o bien en dejarla partir.

Puede que fuera ella misma la que le matara a no tardar mucho.

Preston sonrió. Estaba seguro de que había jugado y no había perdido, aunque la muerte le sorprendiera dentro de contados segundos.

Aquellos papeles estaban en lugar seguro, y no en su bolsillo como todo hacía presumir. Al Britten, del F. B. I., los encontraría a no tardar. Linda, la hermosa azafata del "Constellation" se lo diría.

Preston volvió a pensar en Ming. Sonrió al abandonar el aeropuerto, y siguió sonriendo al penetrar en un taxi.

Ni siquiera dejó de hacerlo cuando dio la dirección del F. B. I., ni cuando se retrepó contra el asiento, con mano crispada en la culata de la "Luger".

Tampoco se fijó ni poco ni mucho si alguien le estaba esperando a la salida del aeropuerto, ni si algún automóvil se despegaba del bordillo para seguirle.

Nada ocurrió en los primeros minutos. Pero al desembocar en River Forest, un automóvil, con los faros completamente apagados, apareció una travesía más abajo, desembocando en la avenida a velocidad suicida.

Se detuvo en seco, dejando en el asfalto, dos surcos de goma. Casi en el acto encendió los faros con toda su potencia. El taxista frenó en seco lanzando una maldición.

De inmediato, dos automóviles más aparecieron. Uno de frente, que se situó al lado del primero, bloqueando completamente la avenida, y otro por detrás, impidiendo de este modo la retirada.

—Al suelo, amigo.

La advertencia fue justa. Una metralleta llameó el frente, y los cristales del taxi saltaron hechos añicos. El taxista, con verdadero terror dentro de su cuerpo se dejó caer al suelo, abrió la portezuela, y, milagrosamente ileso, fue a refugiarse bajo el automóvil, mientras Preston hacía lo propio por la parte trasera.

Con la "Luger" en la mano miró. Había sombras avanzando hacia el taxi. Sombras con metralletas en la mano. Con armas cortas también. Levantó la "Luger" e hizo fuego tirando a matar.

Y nunca mejor que entonces, le cuadró mejor el sobrenombre que la gente del hampa le había dado en Chicago.

El primer *gangster* cayó como herido por un rayo. Las metralletas

tabletearon de nuevo, el chasis del taxi quedó convertido en un colador. Otros dos *gangsters* cayeron para no levantarse más, y al segundo siguiente, un cuarto quedó atravesado en medio de la calzada.

La metralleta que llevaba en las manos quedó sobre el asfalto como un artefacto siniestro, pero inservible ya.

Preston, tendido en el suelo, con los dientes apretados miró en torno. Los había en los portales, al lado de los tres automóviles. Los había en todas partes.

Sonrió.

Pero su sonrisa era cuadrada.

Reptó ahora buscando un ángulo de tiro más propicio, y envió dos balas más.

Un hombre lanzó un aullido impresionante y quedó atravesado en un oscuro portal. Otro quedó con medio cuerpo en la acera, y el otro medio en el asfalto de la calle, ahora tinto en sangre.

Avanzaban. No podía hacer nada. No podía contenerlos. Las metralletas entraban de nuevo en acción poblando River Forest de secos y lúgubres taponazos.

Taponazos de muerte, envueltos en largas estelas blancas de humo, y en rojos tirajos de fuego, de sangre.

Entonces fue cuando lo vio.

A la cabeza de sus hombres. Con una "Thompson" en la mano.

Catelmole estaba allí. Catelmole buscaba en su persona los papeles que él no tenía. Preston se puso en pie con la "Luger" encarada a la altura de la cadera.

Disparó justo en el momento en que recibía un brutal golpe en el pecho.

Catelmole abrió los brazos en cruz, y ambos se desplomaron al unísono, regando con su sangre el negro asfalto de la calle.

Aquello pareció ser la señal.

Sin un solo ruido, sin el más leve rumor que delatara su presencia, un sinfín de automóviles bloquearon las calles adyacentes. Las portezuelas se abrieron al mismo tiempo, y en el acto un montón de hombres, uniformados los unos y de paisano los otros, irrumpieron en River Forest haciendo "hablar" trágicamente a las metralletas.

Un sinfín de hombres, y una mujer.

Porque Ming Callender iba con ellos.

Al Britten fue el primero en llegar donde yacía el cuerpo de Dick Preston.

Este no había perdido el conocimiento. Sonrió al mirar al agente especial.

—Hola, Britten —dijo trabajosamente—. Llegó a tiempo—, intentó

una sonrisa y añadió, cada vez con más trabajo—: Esos cerdos creyeron que yo era tan estúpido como para llevar papeles encima. ¡Imbéciles!

Y entonces perdió el conocimiento, mientras Britten pensaba que él también era otro imbécil, ya que creyó lo mismo que Catelmole, lo mismo que habían creído todos, incluso Ming Callender.

CAPÍTULO XIV

Todo había terminado.

Todo o casi todo, ya que faltaban algunos preliminares.

Faltaban también muchas explicaciones.

Fue después, treinta días más tarde, en los cuales ninguna de las visitas que había recibido, Preston habló ni hizo alusión alguna a los sucesos ocurridos, cuando Britten se presentó en el hospital donde se encontraba, ya en franca convalecencia.

Britten no fue solo. Se hizo acompañar por una persona, y cuando Preston la vio, hizo ademán de sentarse violentamente sobre el lecho.

Una mueca de dolor se marcó en su semblante y se dejó caer hacia atrás, con los ojos clavados en el bello y exótico rostro de Ming Callender, que le sonreía tanto con los ojos como con la boca.

Britten fue el primero en hablar, mientras le tendía la mano, que Preston estrechó distraídamente, sin apartar los ojos de Ming.

—¿Quién diablos eres tú, Ming? —preguntó mientras el agente especial se sentaba a la cabecera del lecho.

No fue ella la que contestó a su pregunta, sino Britten.

—Una sorpresa, Preston. Una deliciosa sorpresa. Te presento a Ming Callender, una de las agentes más sagaces de los Estados Unidos en el Extremo Oriente, en el Congo, en... infinidad de sitios. Una agente que hace tres días ha dejado de pertenecer al C. I. A. Hoy es una simple particular, que ha venido simplemente a verle, y al mismo tiempo para darle algunas explicaciones, y recibir a cambio otras.

Preston les miró a los dos. Hizo una seña a Ming, y esta, despreciando la silla se sentó sobre la cama, mirándole, como si recordara ahora unas palabras que le dijo en cierta ocasión.

Preston también recordó, y apartó los ojos de su excitante figura para fijarlos en el agente federal.

—Puede empezar cuando quiera, Britten —dijo—. Me gustaría saber el final de esa historia, así como lo que contenían esos papeles.

Britten sonrió.

—¿Por qué no empieza usted, y nosotros contamos el final?

—De acuerdo. Empezaré por el principio. Citaré aquí las explicaciones que Sarah Marlowe me dio antes de morir —hizo una pausa y añadió—: Sarah era una cualquiera cuando Catelmole en una de sus visitas a Nueva York la sacó del arroyo. Las relaciones entre los dos... En fin, Catelmole la sedujo, y a partir de entonces hizo de ella lo

que quiso.

Preston calló unos segundos como si quisiera coordinar sus ideas, tal vez un poco dispersas y agregó:

—Esto lo supe después, y, según mis propias sospechas. Un día, una mujer vino a mí despacho, contando cierta historia ocurrida en el aeropuerto de Nueva York, según decía ella, a una amiga suya. A “la dama del bolso rojo”, como la denominó la Prensa y la Policía. Quería que yo me hiciera cargo del asunto. Quería que yo buscara el bolso, donde estaban esos condenados papeles. No quería hablar de ello con la Policía, y esto fue lo que me hizo entrar en sospechas. Posteriormente, y según su propia confesión, supe que Catelmole fue el que la envió a mí despacho, con aquella historia tan bien preparada. Al parecer, Catelmole me conocía tan bien, que le dijo cómo tenía que abordarme para que yo me interesara en el asunto.

“Supongo que Catelmole era un espía al servicio del extranjero, y esos papeles tenían una vital importancia para él. Por lo tanto, en Nueva York, siguió al agente que los llevaba, con la misión de trasladarlos a Chicago, y le mató mucho antes de que este llegara a Nueva York. Le mató o le hirió gravemente, que para el caso es igual. Fracasó, cuando el agente le entregó el paquete a una mujer. Una mujer que iba de Nueva York a San Francisco.

“Dicha mujer se tropezó por pura casualidad con otra que iba de Nueva York a Chicago. Una mujer que llevaba un bonito y elegante bolso rojo. Tal vez aprovechó cualquier oportunidad, en extremo baladí, en que ella abriría el bolso, tal vez para retocarse un poco los labios, y le trasladó el paquete a ella.

“Al hacerlo, no se dio cuenta de que uno de los agentes de Catelmole la seguía, y que la mató después. Este agente, al darse cuenta de que en el negro bolso no había nada, se puso de un modo u otro en contacto con Sarah, que viajaba en el mismo avión. Sarah salió detrás de ella en el aeropuerto de Chicago. Luego la convenció para que la acompañara a una finca en ruinas, situada en el kilómetro ocho de la carretera 23 Este, y allí la mató.

“Fue un crimen tonto, ya que “la dama del bolso rojo” no tenía los papeles cuando llegó a Chicago. ¿Dónde podían estar? Solo había un sitio. En el “Constellation”. ¿Lugar probable? En el lavabo de señoras. No podía ser en otro sitio. Por eso, antes de emprender el viaje a Nueva York le telefoneé a usted, diciéndole dónde estaba enterrado el cadáver de “la dama del bolso rojo”. Lo encontró usted, ¿verdad, Britten?

—Si. En donde usted dijo. Supongo que esto también se lo confesaría Sarah, ¿no?

—Si. Fue a raíz de este momento cuando vino a mí despacho para

contármelo. Haciéndolo de un modo por demás extraño, como ya le he dicho. Yo dudaba de hacerme cargo del mismo, pero entonces intervino Ming —recordando, Preston se llevó las manos a la cabeza, y ella sonrió tenuemente—. Confieso que me ha tenido despistado hasta este mismo momento. Creí que era la amante de Catelmole.

—Nada de eso, Dick —replicó ella—. No era mi tipo. Cierto que no me faltó ocasión durante el tiempo que estuve trabajando con él, pero no llegué tan lejos. Se lo prometo.

—¿Quién mató a la azafata?

—Sarah. Catelmole empezó a sospechar que tal vez el dichoso paquete estuviera oculto en el avión, o que la azafata supiera dónde estaba. "La dama del bolso rojo" podía haberse confiado a alguien. ¿A quién sino a la propia azafata? Mandó a Sarah para que se entrevistara con ella. Sarah no averiguó nada, y si la mató fue por miedo a que hablara. Por miedo a que fuera con el cuento a la policía. Por miedo a que la buscaran después y la detuvieran. Se había manchado ya las manos una vez en sangre. Por lo tanto, tenía que hacerlo, si no quería ir a la silla. Luego... ella misma, incluso Ming me lo dijo, Catelmole la había sentenciado a muerte porque intuyó que se había enamorado de mí. Y murió, pero murió de una manera que la redimió, si es que el asesinato puede tener alguna vez redención.

—¿Cuándo empezó a sospechar de Sarah, Preston?

—Con certeza, cuando en una ocasión me salió al paso, preguntándome dónde quería que me llevara. Recuerdo que le dije al aeropuerto. No le dije a cuál, pero ella me llevó al central. Sabía por lo tanto dónde quería ir. Y ahora, Britten, ¿quiere decirme si recuperó el paquete?

—Claro, Preston. Linda, la nueva azafata del "Constellation" me dijo cuáles fueron sus últimas palabras con ella, y entonces ordené efectuar un registro en el lavabo de señoras. ¿Algo más, Preston?

—Si. ¿Qué diablos contenía ese paquete?

—Papeles.

—¡Diablos, eso ya lo sé! ¿Pero qué clase de papeles?

Ming fue ahora la encargada de dar la respuesta, con una pregunta.

—¿Sabe quién era, en realidad, Catelmole, Dick?

—Ni idea. Sé que trabajaba de espía para el extranjero, pero nada más.

—Catelmole era el jefe de la quinta columna de Hitler en Inglaterra y los Estados Unidos en esta última Guerra Mundial, Dick —replicó Ming sin apartar sus ojos de él.

—¿Y qué diablos tiene que ver Hitler, después de muerto, en todo esto, ricura? No me dirás que ha resucitado para formar otra quinta

columna, ¿verdad?

—No —replicó ella sin perder su sonrisa—. Pero Catelmole, a quién el servicio de contraespionaje inglés, e incluso nuestro, no logró jamás probar nada, siguió trabajando en silencio. Ahora, era Corea y el Congo. Muchos de los conflictos armados en este último tiempo, son obra suya. No debo ni quiero decir el país que representaba, ni lo que ha supuesto para nosotros poseer esos papeles.

—Lo supongo —replicó Preston—. Es decir, lo supondría si supiera de qué se trata. ¿Qué contenía ese paquete?

Ming quedó silenciosa mientras del bolso sacaba una plateada pitillera. Sacó tabaco y ofreció a Preston y a Britten. Luego de encender el cigarrillo replicó:

—Listas, Preston. Listas con nombres de personas, personajes, con sus direcciones en Corea y en Leopolville. Listas y direcciones de agentes subversivos. Esto es lo que Catelmole deseaba, ya que entrañaba un peligro mortal para él y sus agentes. Un peligro que no han podido destruir, y que si se lo dijera, se asombraría del número de ellos, así como del número de países que están complicados en el asunto.

Bajando la voz, Ming, como si temiera ser oída desde fuera, habló de alguno de estos últimos. Citó nombres, fechas, lugares, y algún que otro político.

Terminó diciendo:

—Eso es todo, Dick —se puso en pie y le miró largamente, mientras era imitada por Britten—. Espero que nos volvamos a ver algún día, Dick. Lo deseo.

Fue hacia la puerta después de estrecharle la mano, seguida del agente especial del F. B. I. Preston la detuvo cuándo ya tenía el tirador en la mano.

—Una última pregunta, querida. ¿Puedo hacerla?

—Si. ¿Por qué no?

—Se trata de aquel día. Cuando me llevaron por orden tuya a aquel apartamento —se tocó la cabeza y ella enrojeció un poco—. ¿Por qué me golpearon aquellos hombres? ¿Quiénes eran?

—*Gangsters,* querido. Debido a las circunstancias tuve que actuar así, aun en contra de mis propios deseos. He... He tropezado en el curso de mi carrera con más de un detective privado. Sé lo que todos buscaban. El dinero, el dólar, sin importarles quién o cómo pagaban. Tú... tú podías ser otro igual —le miró dedicándole una maravillosa sonrisa—. Me equivoqué, y lo siento. Siento que té golpearan, y aun siento mucho más haberlo tenido que hacer yo. Ahora perdóname, y gracias por todo, Dick.

Salió sin añadir más, seguida de Britten.

Preston quedó solo, pensaba.

Ninguno de los tres había hecho mención de Mirta, pero él sabía que en el transcurso de la conversación había estado siempre presente en la mente de los tres.

Les agradeció el gesto, volvió el rostro hacia la pared y procuró dormir, pensando que ahora estaba solo. Completamente solo.

* * *

La predicción de Ming Callender se cumplió un año después. Y fue en Nueva York, en la misma puerta del Madison Garden.

Miraba las carteleras anunciadoras del espectáculo de aquella noche. En torno a ella, los hombres pasaban mirándola de pies a cabeza. Con fuego en los ojos, con fuego en las venas.

De vez en cuando surgía alguna frase galante, otras, las menos, molesta. Ming seguía sin hacer caso. Leyendo la cartelera.

Fue al terminar, al volverse para reanudar su camino, cuando le vio venir en sentido contrario. Sonrió como nunca lo había hecho y fue hacia él, que no la había visto.

—¡Dick!

Preston se detuvo mirándola asombrado.

—Ming, querida.

No hubo más, la prendió de un brazo, y ambos empezaron a caminar. Diez yardas más allá ella preguntó:

—¿Investigando un nuevo caso?

—No. Simplemente de vacaciones. Estoy... Sí, estoy pensando que tú puedes ser un hermoso complemento para ellas.

Aquella noche fueron a un cinematógrafo. A la salida cenaron juntos en el hotel en que se hospedaba ella. Después fueron a bailar. Así día a día, por espacio de muchas semanas.

Hasta que, ocho meses después, Dick Preston la llevó a su propio apartamento de Chicago, convertida ahora en su esposa.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.





Alan Ladd

Nació el 3 de setiembre de 1913, en Hot Springs, Arkansas. De entre sus numerosas películas destacamos "El cuervo", "El porvenir es nuestro", "China", "Saigón", "Dalia azul", "Marcado a fuego", "Raíces profundas", "Infierno bajo cero", etc.

N.° 1501

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain